

# LITERATURA CHILENA

creación y crítica

ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

JESUS ARELLANO / ANTONIO CAMPAÑA  
ROSA CRUCHAGA DE WALKER / ALVARO CUADRA  
RAMON DIAZ ETEROVIC / GUIDO EYTEL  
JUANA GALLARDO / ALEJANDRO ISLA ARAYA  
LUIS MERINO REYES / DIEGO MUÑOZ VALENZUELA  
JAIME SABINES / ARMANDO URIBE ARCE  
JUVENCIO VALLE / DAVID VALJALO

PEDRO BRAVO ELIZONDO / CARLOS RENE CORREA  
JUAN ANTONIO MASSONE / NAIN NOMEZ

NUMERO 51 / 1990  
EDICIONES DE LA FRONTERA  
SANTIAGO / CHILE

LITERATURA CHILENA, creación y crítica

DIRECTOR / EDITOR

DAVID VALJALO

† GUILLERMO ARAYA (1931/1983)

I.S.S.N. 0730 - 0220

©Ediciones de la Frontera, 1990

Inscripción No 77287

Tipografía y montaje:  
Ediciones de la Frontera  
Impreso en Tamarcos S.A.

Correspondencia:  
Director/Editor, Casilla 52.840  
Correo Central, Santiago, Chile

Subscripciones en el exterior:  
P.O. Box 3013, Hollywood, CA 90078, U.S.A.

## Editorial

### AHORA en SANTIAGO de CHILE

Desde 1977 (enero), número uno, que hemos estado en esta tarea de difusión cultural. Inicialmente desde California (Los Angeles) y luego desde España (Madrid). Ahora, en 1990, después de trece años ininterrumpidos (habiendo llegado al número 50), ahora decimos, desde Chile, trataremos de continuar con esta labor, lógicamente con un enfoque diferente, pero manteniendo nuestras normas editoriales. La iniciación de nuestra revista se debió por razones obvias, a la situación política que vivió el país. En la actualidad, en este periodo de transición, creemos que doblemente se justifica. Como norma editorial es necesario decir que junto al escritor y al poeta ya definitivamente absorbido en sus tareas, acogemos al creador inédito como lo hemos hecho hasta el momento. Tampoco diferenciamos escuelas o tendencias. Lo mismo con respecto a generaciones. Nos basta, eso sí, practicar un mínimo de rigor en la selección, imprescindible en toda publicación de esta índole.

Pese a la limitación de nuestras páginas, también nos preocupan aparte de la literatura, otras manifestaciones del arte y la cultura como la música, la plástica, el cine. Aunque no es necesario, señalamos una vez más, nuestra total desvinculación de sectas, partidismos o grupos, ratificando nuestra independencia y criterio frente al fenómeno literario y creativo

# El sentimiento colectivo en la poesía de Nicolás Guillén

ANTONIO CAMPAÑA

## SITUACION DEL POETA

El sentimiento que se desprende de toda poética que atienda a los problemas inmediatos y, además, a razones *étnicas*, a influencias que problematizan una presencia humana o pretenden limitarla, estará siempre cerca de la idea de cambiar el mundo. Es decir, será una poética auténticamente revolucionaria en el sentido social porque en su esencia encierra una suerte de meta que es transformación, encadenando los acontecimientos que alimentan su mundo como denuncia. *La lírica en su forma más sencilla y más conmovedora, expresa el sentimiento de la existencia-ha dicho Dilthey-, tal como la vivencia lo despierta. Y va exaltándose a medida que el espíritu trasciende a consideraciones más generales. Grados y transiciones de diversa clase llevan de la poesía personal a esa gran forma lírica que responde al hecho de que contenidos que rebasan el destino personal del alma, se apoderan de ella y pasan a determinar íntegramente el temple de ánimo. Esta forma lírica surge cuando el sentimiento del poeta se halla movido por grandes objetividades, por los hechos de fuertes personalidades, por las acciones de los pueblos o de la humanidad, por ideas que versan sobre los problemas del género humano y, por último y sobre todo, por la conexión última de las cosas. El sentimiento de los grandes temas es el entusiasmo y la forma en que se manifiestan es el gran arte consciente que aspira a expresar el curso de los sentimientos sublimes.*

En el caso de Nicolás Guillén, este sentimiento sublime se desborda en un acercamiento a lo colectivo. Este viene apoyado desde unas raíces *étnicas*, sostenido por una gravitación histórica que inunda la materia poética. Este sentimiento de la existencia a que se refiere



Dilthey está unido aquí como pocas veces al de vivencia, recostado uno en el otro, no uncidos sino unidos, ligados desde las fuentes para dar forma a la queja, a la protesta. Para dar paso a una poesía de testimonio y registro racial, también de rebeldía:

*Un pájaro de madera  
me trajo en su pico el canto;  
un pájaro de madera.  
Ay, Cuba, si te dijera,  
yo que te conozco tanto,  
ay, Cuba, si te dijera  
que es de sangre tu palmera,  
que es de sangre tu palmera,  
y que tu mar es de llanto!  
(Mi patria es dulce por fuera)*

Aun cuando la poesía no puede definirse por procedencias, pues ella no puede ser otra cosa que lo que es y nada más; y no hay, no puede haber, poesía blanca o poesía negra o amarilla, sino simplemente arte lírico que se tienta o se representa a sí mismo, no es posible desestimar del todo ciertos antecedentes, algunas relaciones que lo ligan al medio del hablante.

Y así vemos que tanto el sentimiento de lugar como el de ascendencia son capaces, como en el caso de Nicolás Guillén, de desprender sin problemas de la mano del aliento poético para aportarnos más directamente la situacionalidad del poeta y su mundo.

Quizás como en pocos poetas americanos en Guillén se da en plenitud la formulación del mito. Toda poesía que se precie suelta mitos y el poeta no es si no su vehiculador o vaso comunicante, el responsable de su arquitectura. En Guillén vemos como de la integración de sus sangres arranca casi todo su acento lírico, la hondura con que logra los hechos míticos de su arte. Al chocar dentro del poeta los ríos blanco y negro de su sangre ésta se anima a impulsos generadores, que le determinan un particular comportamiento al cauce de sus sentimientos; se entabla en él -anejo en su obra- un ímpetu de luchar desde temprano, desde el inicial acto de conocerse hasta ese otro en que se pierde por esa misma facultad de conocimiento. Sin querer, o queriéndolo, arrasado por fenómenos ancestrales, el poeta va siendo determinado hacia el sentimiento colectivo, no porque haya sido ajeno al principio de individuación sostenido por Scotus y que sigue siendo problema, si no porque los sucesos y los hechos se superponen en él por medio de la

intensidad de la vivencia. Y no hay duda que en el caso de Nicolás Guillén puede más el dominio de sus impulsos de sangres. Marinello cree que es, justamente, esta confluencia magistral de sus dos sangres la que ha hecho posible el alto registro poético de Guillén.

Esta conciencia o manifestación *étnica* va de algún modo moviendo el mundo del poeta, le va determinando hacia cierta zona que, en su desarrollo, aparece como indispensible de su razón de ser. En este colorido panorama racial de suramérica, en el que el indio, el negro, el mulato, el mestizo, el blanco entrecuchándose, porosos los unos a los otros, es Guillén quien ha hecho el intento más serio por interpretar la naturaleza de su país, de abrir las tapas de sus particularidades, de mostrar la intimidad de una nacionalidad a través del acto poético. No es una Cuba acicalada la que se desprende de la poesía de Guillén: Es una Cuba auténtica y legítima, alcanzada por medio de la unción del poeta por su país, por su integración valerosa a los sucesos que lo cercan, de los cuales no quiere huir, a los cuales desea levantar hasta los sitios que les corresponden porque son suyos, hechos que por medio de su voz salen a la luz, a mostrar los rasgos de su intimidad.

No olvidemos algo esencial que ha de tenerse en cuenta cuando de poesía se trate. No siendo parte de ninguna época en general y de ningún poeta en particular, la poesía, como cosa fluyente y permanente en la vida del hombre, transporta formas de movimiento —*mobile perpetuum*— que le son propias. Aquí cabe el recuerdo de Heráclito cuando proclama la variación o movimiento de las cosas. Nadie se baña más de una vez en el mismo río, decía el maestro de Efeso. El río es igual en su trayecto, pero el agua nunca es la misma. Si observamos los panoramas poéticos creados por el hombre, tendremos que estar de acuerdo que, en sí, la poesía jamás es igual en determinado sitio ni entre los mismos hombres. Hace algunos años, Octavio Paz, no sé si con estos principios, tituló *Poesía en Movimiento* una antología de poesía mexicana.

La poesía es una realidad que surge por afán de descubrimiento, por necesidad de penetrar el sentimiento del ser y del medio en que este acto se produce y desarrolla. Puede ser así tanto emotiva como cognitiva pues la realidad siempre es perforada desde distintos modos y por seres también distintos. En suma: la poesía y su ejercicio es, mirado desde este punto de vista, una de las posibilidades mayores —o única como dice Heidegger— de proyectar un poco de luz o toda la luz que tiene el ser entre la oscuridad que le ha sido entregada.

Esta obligación de obturar la realidad con intención voluptuosa, en que

el objeto que produce el pasmo del poeta se apodera de él como en un *in promptu* vertiginoso, es lo que llamamos la comunión poética. La que sucede si el hombre llega a confundirse con lo que ve y lo siente como patencia presentida que necesitaba manifestarse en su existencia. Dicho momento, el instante supremo del acto poético, estaría entonces justo en este misterio, en sentido de identificación que quiere ser constatado por el ser.

Como toda auténtica poesía, la de Guillén trasciende su objeto y otorga a esa parte de la negridad que le es propia una presencia en la poética del idioma. Este sentimiento trascendido por obra del poeta en la valoración que hace de lo autóctono al elevarlo a categoría estética dentro de un ancho contenido humano, adquiere cada vez mayor importancia en el estudio de la poética americana. Esta actitud, que no es una actitud de poesía escrita por seres de color en oposición a una escrita por seres blancos, pues como ya lo dijimos, ni la una ni la otra lo son sino en la medida en que el poeta coja la autenticidad de su historia, es un hecho que carecía de experiencia vivencial en nuestra lengua y, más que de dicha experiencia, de un alcance que se nivelara con el registro tonal vaciado en lengua francesa por algunos líricos contemporáneos. La expresión, pues, que Guillén ha obtenido para una latitud inédita de la geografía del continente se nos presenta como una nueva aportación a la poética americana. El sentimiento colectivo del poeta al ser comunicado nos anima una nueva manera de conocernos, de sorprender otras cualidades de lo afectivo en percepciones que se aparecen como sabias y ciegas a la vez en la interpretación de uno de los ambientes de nuestras tierras.

En cierto modo, Guillén nos ha hecho la transmisión del alma de su pueblo, lo que no siempre sucede con poetas vernáculos y populares.

Las circunstancias del nacimiento del poema no puede, en consecuencia, abandonarse en la observación de la poesía de Nicolás Guillén. En ella, desde temprano, aparece el sentido del color, sentido que debemos sondear atentos a sus circunstancias raciales. Por dicha razón hay en esta experiencia poética una situación de mundo dado, fuerte lazo que atraviesa su voz en todo instante; una complicidad con las esencias arrancadas a cierto lugar del universo por el que Guillén adquiere su condición de hombre singularizado. El nacimiento del poema viene a producirse entonces como acotado en términos restrictos, con poca o ninguna capacidad de elección, determinado a ser por causalidad un poema de suerte condicionada, instrumento de palabra que es conciencia para el hombre de su estar en el mundo.

Esta destinación del poema nacido bajo ciertas leyes o influencias, su acceso a la vida para revelar la intimidad que circunscribe su sendero, es la característica más propia de Guillén. El sentimiento colectivo, cuya vivencia estremece al poeta como a pocos por la singularidad de sus sangres determina de modo permanente, desde el nacimiento del poema, los gérmenes que su poesía conduce.

## EL MEDIO Y LA NEGRIDAD

El sentimiento colectivo echa al poeta encima de la revolución. Su poesía tenía que ser revolucionaria a empujones de vivencias, a golpes del torbellino de sangres chocadas. Esta impronta revolucionaria, que es otra forma de exploración del mundo, se explica por el sometimiento del poeta a aluminaciones ancestrales. Esta naturaleza del universo que le va determinando es a la vez una revelación que lo acerca a los demás hombres tras una expresiva experiencia de atracción mítica, algo que al poeta sorprende en sus adentros y lo que está dispuesto a cumplir. Y así, el mundo del que procede se nos une como un mundo que ya no puede dejar de interesarnos: él va creando más de una explicación, una revelación; son testimonios los que el poeta pinta, hechos, planos reales, que la comunicación poética logra ir reproduciendo en nosotros, que los va acercando, asediando nuestro sentimiento, dándonos acceso al corazón ante estas nuevas presencias. Guillén nos va encantando a exposiciones de hechos que, aunque presentidos, no se habían visto tocado a esta hondura; nos va hablando de cosas ciertas, de cosas que suceden a seres como nosotros, a hermanos que acostumbran a mirar desde otras dimensiones. Así, de este modo que nos recuerda el andalucismo de García Lorca, el poeta logra la trascendencia de sus motivos, que son los de la gente de su país, de sus ritmos y de su color, de sus inquietudes y angustias: la formulación, en suma, de la esencia de su pueblo. Este desarrollo del sentimiento colectivo de Guillén que hemos venido anotando, nos recuerda a Jean Paul, poeta de la vida alemana de su tiempo, como Guillén es el poeta de Cuba contemporánea. Jean Paul, poeta musical como Guillén, adviene a una toma de conciencia democrática, pues en él el amor al pueblo brota como una corriente insobornable que lo lleva hacia las cosas simples, sencillas; a la contemplación de los campesinos, hacia el amor a los humildes. Jean Paul para oponerse a la idea del príncipe surta en su tiempo, exalta la convivencia en la villa, de lo que ahí acontece: *Los que viven en una aldea —expresa— sienten cariño por la aldea entera y cuantos moran en ella, y no se da sepultura a nadie, aunque sea un recién nacido, sin*

que todo el mundo sepa su nombre, su enfermedad y su dolor. Esta solidaridad del corazón con cuanto tiene figura humana y que se hace extensiva incluso a los forasteros y a los mendigos, alumbró un intenso amor por los hombres e infunde a estos la fuerza certera del corazón. Guillén, como Jean Paul, se conmueve por los hechos del pueblo, pero distintamente de la manera lorquiana, que es más exaltación externa. El lo hace en la revelación que llega desde aquello que parte desde su originarse, lo cual es lo que lo separa del andaluz en la captación de lo popular; y es fácil contemplar en él un amor intensísimo por los humildes. Toda su obra tal vez no encierre otra cosa mayor que este agudo sentimiento de liberación colectiva que en ella se trasciende.

Como toda poesía que quiere evidenciarse directamente, la de Guillén, que procura ser acto extremo de comunicación, logra traspasar este sentido liberador abriéndose hacia relaciones sorprendidas. No es esta una poesía alusiva sino extremadamente directa, una tentativa más allá del mero sugerir, que no evoca sino que muestra. El mundo que describe el poeta se nos presenta tal cual él es en la realidad, sólo iluminado por la palabra poética que en sus aguas se baña. Su país es revelado por el poeta; por él se descubre y se interpreta. La coloración del hombre de su tierra se apropia de su verso para consagrar la zona mulata del continente. Como sucede con el indigenismo en Vallejo, por Guillén se nos muestra la problematización del mulatismo. El indígena quechua —aimará es revelado por la poética de Vallejo desde dentro del ser, desplegando su mito al aire americano sin la vertiente pintoresca con que se alude casi siempre a estos temas por los intérpretes americanos. El indio de Vallejo, ese ser impenetrable que parece quebrarse en el dolor en espera de su rendición, está visto desde su propia sangre. Con otra técnica poética, la que se aviene con las esencias y el sabor de su pueblo, rítmica, flexible, al revés del Vallejo de tristeza atávica, Guillén logra hallar y mostrar las realidades de su país como Vallejo las del silencio andino con formas directas. Es claro este Guillén, vigoroso, claro, casi frontal, más aún en la trascendencia de lo humano y sus circunstancias. Tanto Guillén como Vallejo aparecen aquí claramente opuestos a Neruda, quien ve la realidad americana en desplazamientos generales, en una concepción telúrica totalizadora. Neruda está conmocionado ante el ser de América; Vallejo y Guillén producen el proceso de su propio drama y de su especial comportamiento regional. No olvidemos lo que Guillén quiere, por sobre todas las cosas, decirnos: *Mi patria es dulce por fuera, / y muy amarga por dentro; / mi patria es dulce por fuera, / con su verde primavera / y un sol de hiel en el centro //* (*Mi patria es dulce por fuera*)

## LOS LIBROS POETICOS

Este sentimiento colectivo que hemos venido considerando en la poesía de Guillén, sentimiento que ha sido capaz de trascender sus motivos, es mucho más claro cuando observamos sus libros y, más directamente aun, los poemas que los integran, algunos de los cuales, sino su mayoría, son capaces de representarlo. En ellos el poeta muy pocas veces evade hacia otros planos, como los del barroco, los del principio de individuación tan caros a la generación de poetas suramericanos que Guillén integra. En los poemas de sus libros hallamos un encadenamiento persistente al tema del poeta, son trozos de su realidad de vida que si bien tratan de escapar un poco de sus tenazas no dejan, por ello, de perder su personalidad, de ser parte de un universo que los necesita.

*Motivos de Son* (1930), viene a producir con su acelerado caudal, un acontecimiento largamente esperado que necesitaba encontrar su expresión para vaciar su patencia vivencial. Podríamos decir, aquella materia que conlleva el fuego de un proceso que nos trae rumores, hitos de variedad enorme. Unas especie de tumulto lírico abundante y, a la vez, agónico. Lo que hemos venido definiendo como negritud y que otros llaman negritud, encuentra en este libro de Guillén la manifestación de una realidad aguardada, como si de pronto este orbe inédito fuera, más que el sueño del poeta, su tradición y herencia.

La obra parece desplegar un fervor arrebatado y presentar un mundo en estado de inocencia o una exploración que llega hasta el tuétano de la existencia tras sobrepasar la barrera de la angustia. Este *corpus* fragua su canto entre un volcán de fuego interior que lo atormenta; es desde ahí de donde eleva esta llama que desea o suelta anhelos de perpetuación y en la que el aire puramente poético no influye como no sea con un fino y dolido atrevimiento.

*Motivos de Son*, se nos apareció—y se nos aparece ahora—, además de su aire condensador de las sustancias que Cuba esperaba del quehacer poético, como el aliento ondulante del hombre del trópico. Es el encuentro con la raíz misma de la realidad a la que el poeta quita su

máscara y la da a conocer a los demás. Es el son de la isla que silva en los oídos desnudando el sentimiento colectivo con un instrumento terrestre que a ratos es dulce y también amargo porque es verídico. Un ardor arrancado al corazón de la lágrima.

Con *Motivos de Son* la poética venida de la negridad alcanza una sustancia avara, que tiende a cavar en si misma para hallar las razones que justifican su presencia, la que hasta ayer tenía sólo tenues enlaces con el pasado y con lo actual. Podríamos decir, sin tradición evidente a que echar mano. El libro cumple, además de su función poética otra generacional, de punto de partida para esta realidad americana fundida en el color que, con Guillén, adviene cual vida fundida en símbolos. El poeta no evade el alrededor que lo acota y, por el contrario, lo canta y patentiza. Revierte esta realidad en melancolía coparticipándola en estiramientos que provocan su contemplación.

Guillén siente — y nos la cuenta — sensaciones de un estar vivo, pero, al mismo tiempo, dispuesto para la muerte, viendo su morir y el de los suyos, sustentándose en esta evidencia de drama y soledad.

Nicolás Guillén, podríamos decir con bastante propiedad, toma el auténtico cauce y determina su destino con la aparición de *Motivos de Son*. En él están latentes ya todas las facultades que animarán su obra, esto es: su cualidad de poeta vernáculo, de poeta que porta una sangre que le comprime la complejidad de su ser, lleno de experiencias extraídas de su país. La obra confirma y no niega las manifestaciones atávicas ni la intensificación de las esencias, que nace en ella cual surtidor de agua alegre, una especie de vertiente original que va fijando su destino y a quien el jardín, el árbol, la selva, la luz acuden a su corazón interesados en abrir el alma del hombre. *Motivos de Son* trae los visos para iniciar una secuencia de poesía desocultadora y un nuevo verdor que decide a hablar de lo popular y que ha querido hacerlo dentro de un movimiento expresivo ágil, en un lenguaje vocálico que pormenoriza sus sensaciones, su aventura y su regocijo de color. Los versos de *Motivos de Son*, como después lo serán en toda su poemática, están constituidos de vísceras punzantes antes que nada, de sangre y color, de ritmo y sonido, síntesis de todo lo que Guillén nos aporta. Ello, cargado por un aire doliente, de cierta apropiación melancólica que va construyendo un destino ondulante, incuestionablemente dramático, que golpea las sienes del poeta con una música agonista, simplemente dolorosa.

En general, los poetas de la negridad están abiertos al medio que los hiere como a pocos y sus motivos son congruentes y concordes con esa



realidad inmediata. Esto que veníamos viendo está a la vista en *Motivos de Son* y es posible captarlo *prima fase* porque aflora en toda su nitidez. Es como una secuencia en la que encontramos la vigilancia del poeta como una obligatoriedad. Esta vigilancia acrece en Guillén cuando toca los temas que le son más caros y se torna fatalista, porque es un hombre que sufre su drama, aquel que lo ha sentido y que lo ha vivido desde dentro. Es que ya no hay duda de que es necesario ser poeta y vivir la negritud, ser un ser de ella, para escribir poesía que la testimonie y llegue directamente a los huesos.

Así como es justo tener brotes nuevos, indicios novedosos y distintos para luchar contra las costumbres y las situaciones establecidas, no cabe duda que es ineludible —o debería serlo— ser indio para conocer lo escondido del indio. Poco valen los transcriptores de una realidad que es sólo idiomática, que no tiene cuerpo. Ella ha de manifestar un intrínseco sentido de la existencia, ha de mantener hilos secretos para simbolizar las raíces y ha de manifestarse sobre la tierra no sólo con palabras sino con mordeduras. A veces encontramos razón a Juan Ramón Jiménez cuando dice que tanto lo negro, lo indio o lo gitano, mirado desde afuera, aparecen como una literatura engañosa que no es directa o clara. Y que para que realmente lo fuera sería menester indespegable que el autor fuera gitano, negro o indio y no un blanco que se disfraza de cualquiera de ellos. Esto, que tal vez apuntaba hacia García Lorca, no lo sabemos bien y a veces es bien difícil determinar hacia a donde apuntan los poetas, tiene una nítida reviviscencia en Nicolás Guillén, El español, al delinear la arquitectura esencial del poeta, no se equivocaba: no se puede escribir sin ser, decir sin sentir, besar sin tener labios, agonizar sin estar vivo y dolido.

Lo hemos venido circunscribiendo y demarcando en nuestro poeta, pero conviene repetirlo cuando volvemos sobre *Motivos de Son*: Guillén es aquí dueño de su voz por mandato de sangre y raza. Nació heredero de una tradición que lo somete y lo obliga a un desvelamiento constante donde la muerte aparece como otra sombra, a veces como desesperanza o bocina delirante. En definitiva es su sangre quien determina el origen de la poética de Guillén y no un desvelo de tinta contra el tiempo.

Pero más que en *Motivos de Son* es en su *Songoro Cosongo* (1931), donde Guillén despliega más hondamente los hechos que intensifican sus sentimientos. A la aparición de este libro consagratorio ya puede hablarse con toda propiedad de que el idioma castellano ha encontrado un nuevo ambiente para propagarlo. El poeta está aquí más dueño de



sus recursos, más abierto, más contagiado de sonoridades, destrenzando una escala de cuerdas fidelísimas que arrancan de lo popular. Nuestro lírico, es un hombre que procura quemar el dolor que encuentra con su canto, esparciendo su cualidad sonora en el espacio americano. Pretende así traspasar las voces que fluyen de la entraña de las gentes y llenar su universo de las esencias del pueblo, como si fuera un mágico evocador herido por el aire que encontraba a su paso, por el dramático aire que atravesaba su patria:

*nuestra piel sudorosa / reflejará los rostros húmedos de los vencidos,  
/ ..... / mientras los astros ardan en la punta / de nuestras  
llamas, / nuestra risa madrugará sobre los ríos y los pájaros! //*  
(Llegada)

El sentimiento colectivo del poeta lo hace develar los sucesos, cuajar y transportarles como si el dolor lo fuera por saber hundir las sienas en un tratado de invisibles sustancias, acercando al oído la más fecunda materia que se estrella con la sombra final de la muerte. Por este sólo hecho, Guillén habría esclarecido su responsabilidad de hombre ante el sufrimiento, al que no descuelga de determinado perchero sino de la vida misma, de la transparencia de una realidad social. El suyo es un dolor intensísimo, determinante de una circunstancia constatada, presente siempre en el deambular de su país. No es el ocurrente sentimiento de dolerse admirando sino sintiendo el dolor, su resurgimiento mudo dentro del corazón, el que se va multiplicando por la naturaleza misma de su condición. Es un doble dolor, un laureado dolor el que el poeta capta. Es la realidad misma del dolor, su nódulo, es el dolor dos o más veces insurgente, la sensación de verse al lado del martirio lo que Guillén explora y esparce, como en los *Nueve Monstruos* de César Vallejo.

La patencia del dolor en *Songoro Cosongo* esta exalada entonces desde la carne misma, se hace causa con ella y se unifica en la causalidad ancestral que busca su libertad. La queja del poeta revierte un problema martirizante que no se ahonda por la palabra del intérprete pues éste sólo toma su motivo de la realidad inmediata, de la soledad del hombre que da vueltas alrededor de su rol de desamparado. El dolor del poeta salta de lo general a lo particular, se ejemplariza en las figuras del pueblo; se duele ante su desgracia que, es otra parte del dolor general porque deviene de la circunstancia social desde la cual el hombre de su país es atrapado:

*El son te salió redondo / y mulato como un níspero. / Bebedor de trago  
largo, / guargüero de hoja de lata, / en mar de ron barco suelto, / jinete*

*de la cumbancha: / ¿qué vas a hacer con la noche / si ya no podrás tomártela, / ni qué vena te dará / la sangre que te hace falta, / si se te fue por el caño / negro de la puñalada? / ¡Ahora sí que te rompieron / Papá Montero! //*

Con *Velorio de Papá Montero*, Nicolás Guillén ha querido mostrar el arquetipo del representante de un ambiente que se da a menudo, del ser que se vive en agonías irisadas por una melancólica sonrisa porque se derrocha en la vida viviéndose dramáticamente. El poeta quiere reflejar la vertiente altiva del hombre que se vive ante cada agonía; de la suya, de los suyos, de los que no son suyos; es la biografía que fluye desde una atmósfera ambiental hacia la cual el pueblo es arrastrado o despeñado por la coyuntura social, símbolo de tristeza que el poeta amplía en su voz: *Sólo dos velas están / quemando un poco de sombra; / para tu pequeña muerte / con esas dos velas sobra. / Y aún te alumbran, más que velas, / la camisa colorada / que iluminó tus canciones, / la prieta sal de tus sones, / y tu melena planchada. //*

Papá Montero es un motivo popular que el poeta recoge para mostrar la parte de un suceso que es propiamente vida y que, de cualquier modo, igualmente la representa. Papá Montero es un cantor, lo que no deja de ser un arquetipo dentro del ambiente en que vive. Y Guillén alaba al cantor precisamente porque es un cantor del pueblo; se duele ante su muerte, la intensifica en un *crescendo* que dinamiza las relaciones sobre todo porque son humanas: *la prieta sal de tus sones*, le dice llorando su muerte, su pequeña pero importante muerte. Ya vimos como Jean Paul quería la convivencia aldeana para significar la pureza de los sentimientos fraternos. La sangre derramada de Papá Montero, víctima de su vivir trashumante, lo hace ver la luz que aparece desde una noche permanente, emboscada y encerrada detrás de horribles barrotes y persianas. Es una sangre que estaba destinada a derramarse a gritos, una consecuencia de la acción de quienes alimentan la pobreza. El poeta ve acongojado como las venas de Papá Montero se han quedado desiertas y hace suyo el dolor que también es el de otros muchos, se funde en este dolor de estos otros, lo acerca para hacer con todo ello un dolor más intenso, un sólo dolor único que golpeé ante el quicio desde donde mana la vida entre duros golpes. Este proceso de dolor macerado e inmerecido va como a paso entrecortado por las imágenes del poema:

*Hoy amaneció la luna / en el patio de mi casa; / de filo cayó en la tierra, / y allí se quedó clavada. / Los muchachos la cogieron / para lavarle la cara, / y yo la traje esta noche, / y te la puse de almohada.*

El poema, al que analizamos nada más que desde el sentimiento colectivo que se sostiene toda la obra de Guillén, es un ejemplo de los temas que lo conmueven, por los cuales apasiona su interés. Hechos y seres que moran en un universo desnudo, a veces frenético. En este sentido *Velorio de Papá Montero* es revelador de las ansias de Guillén por prolongar estas vivencias, lo que, en general, hace en la totalidad de *Songoro Cosongo*. Guillén se representa casi en su globalidad a través de este tema, el que se embellece por la musicalidad y suspensión de las imágenes que concurren a constelarlo. El poeta está pleno, entero, inicial, acentuado; su voz está en él, su triste calabozo en que la indignación llega a su cima, el orgullo heredado, el perfecto flujo de una tradición que alaba sus tradiciones, la angustia, intuyendo la altura de sus enigmas, la corporeidad de su raza cada día más cernida en el canto del poeta, acoplada en el tiempo, todo cuanto le es sangre, carne suya, está en él.

Al nacer en un medio geográfico traspasado de nuevas potencias, *Songoro Cosongo* lo inunda de otros nuevos litorales. Si la ley del poema es obtenerse en sí mismo, es decir: desnudar su propia realidad, Guillén sopla en los suyos una lacerante visión del mundo y de las cosas. El dolor que va implícito en la mayor parte de su obra es un dolor individual y el intento —logrado por lo demás— de comunicarlo. Al traspasar este sentimiento, el poeta lo vierte en periplos de lucha por que su poesía se obtiene en ella. La ruta de todo este lirismo participa de la afirmación del medio que la genera, se nutre de sus cantigas y se prolonga combativa hasta en sus voces de dolor. Va subsistiendo siempre, onda, íntima, ritualística, cargada de angustia y desconsuelo pero, al mismo tiempo, de placer y vitalistas ansias.

## EL HOMBRE EN LA LUCHA

A ratos, casi sin darnos cuenta, crece nuestro entusiasmo por el poeta. Ello como que nos desvía hacia el lirismo; es una suerte de contagio que habla por sí solo de la autenticidad de esta poesía, pero lo que sucede y que es importante destacar además, es que los motivos que realza Guillén y que son propiamente denuncias, están inmersos o extraídos de la temática popular directamente, incluso el ritmo del que tendremos que hablar más adelante. *Songoro Cosongo* da buena muestra de ello.

Esta obra que intensifica el sentimiento colectivo que impulsa la poética de Guillén lo lleva, por ello mismo, a la lucha. Y, como todos

los poetas que nutren su materia lírica de este elemento, su voz se torna apasionada, es decir, apasiona su lucha y habla fuerte, con derechura, queriendo ser de su tema el mundo o, haciendo el mundo de su tema. Así, respirando un aire testimonial, Guillén se da cuenta que su deber es mostrar las raíces de lo popular como primordial actitud, disparar hacia lo habitual un proyectil de poesía responsable, una poesía que comprenda para qué ha de servir su tarea, que de una aparente generalización engendre la elevación del motivo: esto es, estamos frente a una poesía inundadora, creciente, que se nos liga por su simplicidad. Lo que en *West Indies Ltda.*, *España* (1937), *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937), *El Son Entero* (1947), *La Paloma de Vuelo Popular* (1967), es la manifestación propia del hombre en la lucha que ya en *Songoro Cosongo* se hacia presente como centro de la inquietud de Guillén. Las predilecciones del poeta observadas en los poemas de *Songoro Cosongo* lo enfrentan al reconocimiento del desvalido hombre que conoce. Es un reconocimiento total construido en estrofas que promueven otro porvenir desde el presente en que se sitúan. Y son un jirón de vida los versos de *La Pequeña Oda a un negro boxeador cubano*, dolor que marca el canto dentro de un ambiente de melancolía enhiesta:

*Y ahora que Europa se desnuda / para tostar su carne al sol, / y busca en Harlem y en La Habana / jazz y son, / lucirse negro mientras aplaude el bulevar, / y frente a la envidia de los blancos / hablar en negro de verdad. //*

Hay quienes al enjuiciar la literatura de la segunda postguerra, han constatado cierta penuria imaginativa entre los escritores de la literatura testimonial. Es evidente que ha habido cierta pobreza en la versión autobiográfica de algunos, en la limitación de los temas, en la falta de audacia creadora. Pero esto no es aplicable a la mayor parte de los poetas nacidos alrededor de 1900 y que han desarrollado su obra entre la primera postguerra, la guerra última y con posterioridad a ella, entre los cuales aparece Guillén. Nuestro poeta es un lírico testimonial como pocos en hispanoamérica y su situacionalidad geográfica lo ha obligado a incursionar una zona a la que no ha podido eludir o a la que no ha querido eludir, a una zona que lo haya comprometido a su destino. La herencia que trae es una herencia que lo implica con el sentimiento. No sólo con la época sino también y, de manera muy particular, con su tierra natal, el poeta se ata a sus problemas que son, en mayor o menor grado, los del hombre del pueblo y de la negritud, acuciado por su realidad quemante, válida en todo instante por su extrema gravitación humana. Esta situación ante la que Guillén se encuentra, esta gratuidad de

elementos rodeando su propia angustia, lo hacen tomar partido por el hombre y contra los hechos absurdos que lo van determinando. Y frente a estos valores, no sólo duda sino que, al tomar conciencia de ellos, adquiere para sí la obligación de mostrarlos, de ponerlos en tela de juicio en pronunciamientos desesperadamente humanos.

Si honra es para el hombre haber sufrido su dolor, para el poeta es hacer siembra manifiesta más allá de la temporalidad. La dignificación humana es necesaria para Guillén y le da su primera oportunidad de luchar. Así vemos como su voz resuelve irse por una ruta combatiente en beneficio de sus hermanos explotados en las haciendas de algodón y las plantaciones azucareras. Siente el dolor de su raza surgiendo desde hechos ciertos, como una suerte de crisis de los valores estatuidos que lo privan de ser un poeta imaginativo puro, para lo cual, además, está extraordinariamente dotado. Es que Guillén no puede dejar de atender el llamado que el hombre le está haciendo y camina a su lado palpando su angustia, participando de ella, circundado por acontecimientos que muchos se parecen al padecer. Y de su poesía, que ha sobrepasado ya cierta soledad particular, salen decididos testimonios para la redención humana.

De este modo, la poesía de Guillén va excluyendo toda posibilidad de aventura puramente poética y crea una de las más interesantes comunicaciones que el espíritu que la gente de su país ha tenido para expresar sus sentimientos: Tal vez como en muy pocos casos, es en esta poética de la negritud donde la poesía cumple mejor que nunca su papel comunicador, hasta hacerse casi una poética singular. Los ojos del poeta se estrechan para soportar el peso de su responsabilidad, de varón escapado de lo efímero, de hombre que mantiene la llama de lo posible ardiendo en ademán de perennidad. En *West Indies Ltd.* los ojos del poeta divisan la realidad cercana como función de otra realidad más profunda, al óbolo de su voz se suman el tormento del mirar junto al tormento del decir:

*¡Qué de barcos, qué de barcos! / ¡Qué de negros, que de negros! / ¡Qué largo fulgor de cañas! / ¡Qué látigo el del negrero! / ¡Sangre? Sangre. ¿Llanto? Llanto. / Venas y ojos entreabiertos, / y madrugadas vacías, / y atardeceres de ingenio, / y una gran voz, fuerte voz, / despedazando el silencio. / ¡Qué de barcos, qué de barcos! / ¡Qué de negros! //*

La poética de Guillén cala así hondo en la circunstancia que vive su pueblo, sacude su alma, lo incorpora a la trascendencia. El poeta no posa su mirada en vano, no siente para dejar pasar su sentimiento. Por el contrario en su registro quedan precisos, muy claros, los sucesos que

contempla, la demasiada miseria y la mucha injusticia. El poeta no olvida por qué su voz va hurgando en el acontecer de la memoria. El hombre no es siervo del hombre: negros, mulatos, blancos, gitanos, son seres que se contemplan, que se enlazan, y, para el poeta, cuyo deber es descansar en la verdad, el hecho de la desnaturalización del sentimiento que echa a unos contra otros, lo abruma. Está frente a un espectáculo que contempla con horror pues la realidad lo confunde con su fantasía, cree que nada hay más fantástico que la realidad al igual que Dostoiewski. Y al poeta, esto lo conmueve. ¿Dónde hallar la justicia, se pregunta? Y sale a buscar la redención para el atormentado, para los desposeídos. La protesta de Guillén nace, entonces, como voluntad de lucha, se suelta tomando giros de denuncia en su voz de hombre herido. En su herencia, en su negritud, va entrando la vertiente para su lucha. En su agonía de cuerpo y en su alegría de fe, se va deslizando por el túnel cruento que alcanza contacto con las raíces más íntimas de su existencia.

El deber de Guillén, pues, su ineludible deber, es la lucha, la continuidad del combate hasta obtener la dimensión sincera, el ser en plenitud, el ser siendo revelación intensa, el vivir viviéndose en un mundo que sea pluralidad, un mundo en que todos tengan las mismas posibilidades. Y vida lucha, es su poema *Guadalupe, W.I.*, entroncamiento con las esencias raciales que lo determinan como, del mismo modo, esa secuencia de soledad que revierte su obra:

*Parte el vapor, arando / las aguas impasibles con espumoso estruendo,  
/ allá, quedan los negros trabajando, / los árabes vendiendo, / los  
franceses paseando y descansando, / y el sol ardiendo. //*

Poesía testimonial no hay duda, que busca la expresión directa no de modo vago o vacilante. Pero donde Guillén estiliza su tragedia, la de los suyos y asalta la cotidianeidad con un bagaje indomable, con una más acentuada coloración de lo humano, es en *Cantos para soldados y sones para turistas*. Aquí el poeta vacía toda la difuminada alteración y es terrenal y gráfico a una intensidad popular pocas veces vista. La suya es una filtrada rehabilitación de la temática popular, un volcamiento total en el ser del hombre social. Su canto se torna casi transparente, ornamentado de armoniosos giros que se robustecen por su estricta relación con el poder social vitalísimo que sustentan. Así los elementos que emplea para descolgar su prédica se encabalgan en un soplo de revelación victoriosa. Las afirmaciones del poeta, sus confesiones mejor dicho, desperezan ciertos dominios distantes entre sí y penetran, ingrátidos, por las rutas más indóciles.

## LA EXISTENCIA EN CRISIS

Tal vez su heredado deber de sangre, la ávida esencia del ritmo popular que le adviene, hacen que el poeta se sienta en el mundo como un estar para los demás, con sus ojos afuera de su propia vida para iluminarse con el suceso de los otros. En estos cantos, Guillén hurga en el sentimiento de los demás, lo reencuentra y reconstruye en su voz y lo propaga por medio de sonidos que se acercan a una realidad de leyes vivas, dominantes en su estructura poética. Hay aquí una naturaleza que se obtiene y revierte por sí y por el otro; es decir, doblemente, como un doble ahondamiento, una tal agua íntima que se traspasa fluyendo como entidad universal desvelada por lo humano. La observamos lograda entre dolorosos encuentros con un entorno agobiado por sufrientes sombras. Guillén atiende a lo inmediato porque este hecho le es trascendente y su verso transporta en sus sonos, bellos y acuciantes, una vivencia que se instala con pretensión dramática, cual instinto que hincha el canto proclamando su triunfo.

Es una certeza de derramarse en el dolor para obtener una victoria verdadera que mata el sufrimiento:

*El sabe que no hay trabajo, / que el pobre se pudre abajo, /  
..... Por eso, de fiesta en fiesta / con su guitarra protesta, / que es su corazón también, / y a todos, el son preciso, /  
José Ramón Cantaliso, / les canta liso, muy liso, / para que lo entiendan bien. //* (José Ramón Cantaliso).

Cantaliso aparece bravo, potente, mezcla de niño y ángel a la vez, un ser que se desarrolla en acción vocálica, de voz húmeda que proclama un son de triunfo cierto, entre desolación y consuelo constante:

*Aunque soy un pobre negro, / sé que el mundo no anda bien; / ay, yo conozco un mecánico, / que lo puede componer. / ¿Quién los llamó? / Cuando regresen / a Nueva York, / mándenme pobres / como soy yo, / como soy yo, / como soy yo. //* (Cantaliso en un bar).

El poeta no puede estar sólo asomado a su delirio; ha de dar paso también al sentimiento colectivo que le abre el secreto de las poderosas notas del mundo, de lo terrestre en su forma más inmediata de realidad. Guillén al no desatender este proceso lo lleva al culto de lo popular sin mácula y sabe definirse y dolerse. Fué en España, como sucede con Neruda, Vallejo y otros, donde incrementó su voz con la impronta del conflicto, transformando el sentimiento de su corazón en palabras que se pronuncian por una ternura desvelada. Por ello, cuando España ardió



arrebataada en ademanes convulsionados, Guillén sintió su mundo en despiece, la inautenticidad de estar sólo como espectador de una tragedia y quiere ser leal a lo que estima su raíz forjando un libro sin polos: *España*. En medio de tanta turbulencia, de esa hoguera ciega, su voz supo erguirse con fondo de vivo porque a España no se llega ni se sale sin esperanza:

*Yo, chapoteando en la oscura sangre en que sé mojan mis Antillas, / ahogado en el humo agriverde de los cañaverales; / sepultado en el fango de las cárceles; / cercado día y noche por insaciables bayonetas; / perdido en las florestas ululantes de las islas crucificadas en la cruz del trópico; / yo, hijo de América, / corro hacia tí, muero por tí. // (La voz esperanzada).*

El poeta quiere serlo de lo real, de la más directa realidad, pretende instalarse en ella más precisamente, al parecer queriendo ser ella misma o participando más adentro de su corteza. Corre: ve hermanos desangrados por las carreteras cual fantasmas deformados por la pasmosa condición que sustentan frente a esos otros fantasmas que fabrican la metralla que se hunde en la carne limpia, sencilla, amplia. Guillén siente agobiada su cabeza de tanta oscuridad y quiere clarificar el sentido de los acontecimientos, quiere parapetarse en un sentimiento de justicia elemental. Y su corazón tiembla al caminar con los elegidos:

*Con vosotros, mulero, cantinero! / ¡Contigo, sí, minero! / Con vosotros, andando, / disparando, matando. / ¡Eh, mulero, minero, cantinero, / juntos aquí cantando! // (La voz esperanzada).*

Otras veces, Guillén se nos manifiesta, en parte de la envoltura de su poética, preocupado, además, de lo humano fundamental que contempla, como huésped indespigado de dicha condición. Así lo hemos visto y lo seguiremos viendo en *El Son Entero* y en *La Paloma de Vuelo Popular*, en que sus rebeldías acometen, decididas a romper el acotamiento en que halla lo perdurable, como tratando de liberarse de todo lo que no apunte a las necesidades que advierte. En esos instantes, el poeta se sabe excluido de todo tiempo por haber, paradójicamente, excavado el suyo hasta su umbilicalidad terrenal y adviene a un destino que lo atenaza en un ruedo iluminador, hacia un volcán que arroja sus fuegos con materias iniciales, que dobla el canto desde su situación real y epocal sin desvanecer su condición:

*Yoruba soy, lloro en yoruba / lucumí. / Como soy un yoruba de Cuba, / quiero que hasta Cuba suba mi llanto yoruba, / que suba el alegre llanto yoruba / que sale de mí. // (El Son N° 6).*

Ya antes, en *West Indies Ltda.*, en su poema *Palabras en el Trópico*,



encontramos una imagen de su flujo cubano visible: *Dice Jamaica / que ella esta contenta de ser negra: / y Cuba ya sabe que es mulata!*

Si. Cuba ya sabe que es mulata y el poeta, como atalaya de los tiempos, como iniciado en las artes de la profecía y de la constatación, reencontra la sustancia de su país en una relación virginal y verdadera. Cuba sale representada, ciudadana, hondamente humana en la duda de los tabacaleros angustiados, en la de los algodoneros sellados por la desesperación. Guillén, viviendo no en un sueño para sorprender la situacionalidad de sus hermanos, enhebra un canto que emana del sentimiento colectivo con ímpetu sorprendente. El hombre cubano recibe el óbolo del poeta porque el poeta, al igual que él, es un yoruba, un yoruba de Cuba que salta, total y fuerte, hasta colgarse en una cuerda de fidelidad.

El sentimiento colectivo que Guillén expresa en su poética se presenta en suma, como testimonio epocal, pero un tal testimonio que va cobrando, poco a poco, en la trayectoria de su obra las características de una denuncia y de una protesta, actitudes particulares e indeseables de la *negritud*. O sea: de una existencia en crisis. El poeta va desplegando esta particularidad de la existencia en crisis que, en su caso, es un producto de la contemplación de la gratuidad de su condición. Es un poco como un vivir del vivir soportando, llevando algo igual a una culpabilidad que no merece y que, sea o no sea así, se proyecta cual una de las fases de la *negritud* más aprehensibles. Puesto en esta situación es evidente que el hombre en ese estado está próximo de aquella absurdidad de que Camus habla y que revela la existencia en crisis. Esto es: si la vida vale la pena o no de ser vivida. Por ello es que Guillén al aportarnos lo que una zona del sentimiento ofrece está, igualmente, revelando esa otra zona aún mayor del hombre de este tiempo que vive un estado de angustia producido por otros incentivos o pesadumbres que no provienen propiamente de la *negritud* pero que, como ella, pueden comportarse. En buenas cuentas Guillén alude, en general, al hombre de hoy al aludirse.

## ESTRUCTURAS SONORAS

Al revisar cualquiera de los rasgos concurrentes en la poesía de Nicolás Guillén, que en nuestro caso es el sentimiento colectivo, es imposible dejar de referirse o de aludir a la estructura sonora del poema a que toda su poética va unida. Decimos que casi es imposible porque toda ella se expresa en un movimiento rítmico que va tomando una importancia fundamental dentro de su propio contexto. Si es efectivo que a

la poesía no puede faltarle el ritmo, en la de Guillén la una no puede existir sin el otro, tal es la coherencia, la apropiación mutua, el enlace que las estructura dentro del poema. No podríamos, pues, eludir, antes de terminar nuestro propósito de aprehender algo de las manifestaciones del sentimiento colectivo en la poesía de Nicolás Guillén, dejar de referirnos a esa otra realidad que es el sentido del ritmo. Más no sea como necesidad de ponderar una de las más veraces realizaciones de la arquitectura rítmica de la poesía hispanoamericana de este tiempo.

Todo o casi todo en Guillén es rítmico o se expresa, igual que la vida misma, en ritmos. La poesía de este hombre es como su propia respiración, se va vertiendo en un flujo y reflujo sonoro, juntando los más diversos elementos en esta constante. Jean Piaget ya lo dice: *El ritmo caracteriza los funcionamientos que están en el punto de unión de la vida orgánica y la vida mental, y tan cierto es esto, que aún en el dominio elemental de las percepciones y de las sensaciones, la medida de la sensibilidad hace evidente la existencia de ritmos primitivos, que escapan enteramente a la conciencia del sujeto.* En Guillén el ritmo va creando la atracción mágica para nuestra existencia, va despertando las potencias que nos acercan a ese hombre antiguo de que todos participamos, al ser adánico o de principio del mundo. Así el ritmo va adquiriendo también un sentido que lo liga al sonido y al significado del poema. Este aspecto de la poética de Guillén fue advertido oportunamente, por la sagacidad de Unamuno y el instinto artístico de García Lorca. El garbo expresivo con que el poeta envuelve su protesta y su denuncia adquiere una sonoridad que atrae. Tanto este sentido del ritmo y del sonido que dignifican la palabra poética, este movimiento expresivo ritmado, su textura escritural sonora, cobran una majestad insospechada en Guillén, cual si el poeta fuera capaz de revertir sus fiebres, sus secretos y sus luchas con una potencia tomada de lejanos elementos muy difíciles de captar en la corteza de la vida. Elementos que tampoco vienen del sueño sino de un sabor a enigmas, a mágicas exploraciones. No en vano Guillén llama sonos a sus poemas, los que, dentro del sentido del ritmo, manan gestos admirables, como este, por ejemplo: *Esta es la canción del bongó: / aquí el que más fino sea, / responde si llamo yo. // ..... Semillas las de tus ojos / darán sus frutos espesos; / y si viene Antonio luego, / que ni en jarana pregunte / como es que tú estás aquí... / Mulata, mora, morena, / que ni el más toro se mueva, / porque el que más toro sea, / saldrá caminando así; / el mismo Antonio, si llega, / saldrá caminando así; // (Secuestro de la mujer de Antonio).*

Aquí vemos como el ritmo del poema se enlaza con el sonido: esa es

la potencia que Guillén nos muestra. El son es más que música sola, es cantable y encierra un principio dramático. De este modo este ritmo y este sonido están de tal manera enlazados al asunto que se aproximan a la palpitación quemante del instinto, al sobresalto del sexo. Sonido y sexo son en Guillén notaciones que consiguen una coloración de primera línea.

Veamos como en el mismo poema *Secuestro de la mujer de Antonio* enhebra el sonido al sexo mediante un hechizo de palabra ritmada:

*Te voy a beber de un trago, / como una copa de ron; / te voy a echar  
en la copa / de un son, / prieta quemada en ti misma, / cintura de mi  
canción.*

La jungla de *Canto Negro*, el congo, la espesura de selva dolorida, la liturgia pagana, la leyenda que en *West Indies Ltda.* se dará entera en *Sensemanyá*, canto para matar una culebra, en *Rumba* ya es un ritmo que sacude la ternura con el mínimo de palabras:

*Pimienta de la cadera, / grupa flexible y dorada // .....  
Locura del bajo vientre, / aliento de boca seca; / el son que se te ha  
espantado, / y el pañuelo como riendas.*

Parece que lleno de dones elementales, el poeta corona una ley hecha música y se deja ir por su extraño bosque que sacude los fermentos tocando una violencia de selva. *Rumba* logra aquel equilibrio de los mecanismos del poema por el cual sorprendemos como destino clarísimo la presencia del ritmo, del sonido y del sexo tal una coyuntura articulada. Es un fondo ardiente que no oculta su inagotable cauce sexual, su profunda aleación primitiva.

También en estos poemas de Guillén que implican la presencia del sexo y del ritmo aparecen las figuras como surtas en un convulsionado cuño de sequedad, figuras que son como ese llorado Papá Montero aunque, por sobre todo, sobresalen los tipos femeninos que siempre son hembras que giran alrededor del instinto:

*Te dolerá la cadera, / rumbera / buena, / cadera dura y sudada, /  
rumbera / mala.*

Bastan estos ejemplos para darnos cuenta de la potencia rítmica concurrente en toda la obra de Guillén, al traducir el sentimiento colectivo que lo anima como hombre que respira su problematidad. O, también, ante la presencia del sexo que es otro de los elementos notables de esta poética, elementos y expresiones que ha mostrado por medio de un movimiento expresivo ritmado, en una estructura sonora como pocas en la poesía contemporánea del continente.

# Angel Cruchaga Santa María (1893 - 1964)

LUIS MERINO REYES

Conocí a Angel Cruchaga Santa María, allá por el año 1937. Nos fue presentado por un personaje muy chileno, animador de diversos oficios, desde reportero sagaz hasta tony de circo pobre. Dirigíamos, a los 25 años, una revista técnica que circulaba con relativa profusión, bajo un gobierno terminal. La publicación tenía buenos canjes internacionales y llegaban artículos en otros idiomas. Angel Cruchaga traducía del francés. Por supuesto, que yo le conocía y le admiraba antes de verlo. Había leído en silencio y en voz alta, *Las manos juntas*, *Job*, *La ciudad invisible*, *Afán de corazón*. En 1936, yo había publicado mi primer libro de poemas *Islas de música* y es posible que su título haya salido de un verso de Cruchaga, que se establece *Más allá de las islas musicales del cielo*. Puede comprenderse la felicidad que significaba para un poeta bisoño ver y estrechar la mano de un valor de nuestras letras, un hombre en plena madurez juvenil, que cumplía rigurosamente con sus trabajos profesionales.

A fines de 1938, dejé aquellos cargos y me lancé a vivir y a leer libremente. Entonces, más de una vez, divisé al poeta en la Alianza de Intelectuales, en el Congreso de Escritores que se efectuó por esos años y en la calle que ha sido siempre el paraninfo de mi gratuita y arriesgada universidad.

En el invierno de 1936, se produjo el levantamiento del general Francisco Franco en España y los escritores jóvenes y viejos nos agrupamos en la frontera de la España Leal, como llamábamos a las fuerzas leales al Gobierno republicano del Presidente Manuel Azaña y allí junto a Pablo Neruda, estaban Diego Muñoz, Alberto Romero, Gerardo Seguel, Juvencio Valle y también por supuesto Angel Cruchaga Santa María, silencioso, señorial, prematuramente encanecido, con su habla en sordina que traslucía timidez o excesiva consideración para los demás. La guerra civil de España finalizó en 1939 con la victoria de Franco, con sus alemanes, sus italianos, su guardia mora y su millón

de muertos. Fue otra ocasión para afinar la cuerda de la poesía chilena, en especial, de la más joven que ya superaba los cantos macilentos del nuevo romanticismo y se asentaban en la firme poesía civil, escrita para todos los oídos. En 1938 en medio de las densas pugnas políticas del mundo entero, el pueblo chileno afirma su conciencia cívica, burla el cohecho y la amenaza y sale de la férula de una economía impuesta por los patrones agrícolas a sus inquilinos. Al año siguiente estalla la Segunda Guerra Mundial.

Desde el primer momento, la intelectualidad chilena más sensible, se dispuso a luchar contra el fascismo. Una crónica publicada en el diario *La Opinión* por el poeta Vicente Huidobro, señalando el oprobio de que aterrizaran unos aviadores italianos en Chile, *tintos aun con la sangre de los niños etíopes*, le acarreó al autor de *Cagliostro*, una paliza. Una mañana muy luminosa me encontré con el poeta Angel Cruchaga en la esquina de las calles Compañía y Morandé; siempre prudente y hablando en voz baja, sacó de su bolsillo un poema. Era un canto para Inglaterra, solada en ese instante por las bombas alemanas. El poema salió publicado en *El Mercurio* al domingo siguiente y estaba en la onda de las revistas de poesía que lanzaron los poetas ingleses, cuando desde el cielo llovían las bombas V 1 y V 2 de los nazis.

En seguida y en medio de otras imágenes que nos esfumina la memoria, alternamos con Angel Cruchaga Santa María en una proximidad más tranquila y discreta muy propia de la política literaria. Le seguimos en la víspera y en el discernimiento del Premio Nacional de Literatura de 1948. Nosotros laborábamos en la revista *Atenea* con Luis Durand, amigo y desde hacía algunos años reconocido candidato. El jurado compuesto por Juvenal Hernández, Humberto Díaz Casanueva y Mariano Latorre, se reunió en casa de Latorre quien se encontraba convalesciente de una pulmonía, y se pronunció por Angel Cruchaga. Es obvio, que Durand sufrió con una derrota que se le renovaba de año en año, como sufren los escritores de estos días con la recompensa que no sólo proporciona glorias sino también dinero para subsistir.

Cruchaga había aguardado inmóvil y en silencio el galardón y cuando se lo entregaron en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, agradeció sereno, con esa oratoria natural, sin énfasis histriónico, propia de los grandes poetas. La imagen admirada de Cruchaga se nos aproximó todavía más, una noche en que cenamos en casa de Juvencio Valle y María Gálvez, con el poeta venezolano Vicente Gerbasi, con la poetisa Mila Oyarzún y la señora de Cruchaga, Albertina Azócar, quien ya viuda, falleció el 10-X-89. Se esperaba el arribo de Pablo

Neruda que no alcanzó a llegar. La ausencia del genio provocó la desolación de Vicente Gerbasi y la atmósfera quedó por unos momentos a media luz. Llegó la hora de partir, avanzada la noche y todos a pie, debimos hacer un largo recorrido, con Angel a la cabeza, sin cansancio ni zozobra, alentados por la confidencia susurrante, de firme recuerdo sin rencores ni miserias, del gran poeta, mezclado como siempre, a la mayoría transeúnte.

Hemos querido fijar estas perspectivas fugaces, nunca escritas antes, que convergen hacia una triste mañana en que nos recibió un hombre silencioso y enflaquecido en la Casa de la Cultura de la Municipalidad de Ñuñoa y nos dió su mano por última vez. Después hicimos guardia junto a su féretro, en ese mismo recinto, con Juvencio Valle, Diego Muñoz, Ernesto Eslava, Hernán Cañas y otros amigos que lo querían de verdad. Fue un 5 de septiembre de 1964.

El poeta nació en Santiago, el 23 de marzo de 1893. En su vida desempeñó diversos cargos administrativos que nada tenían que ver con su condición de escritor hiperestésico. Tal vez el origen de estos cargos, estaba en su raíz social: alta burguesía castellana-vasca en cuyo seno el poeta resultaba como un cisne, una "rara avis" venida de la pobreza. Estuvo a cargo de la Sección Francia en la Biblioteca Nacional. Laboró en la Caja de Crédito Agrario y en el Banco Español-Chile y fue Director de la Casa de la Cultura de Ñuñoa. Este alero le permitió terminar sus días con relativa tranquilidad, enfermo y privado de la vista. Fue traductor del francés de artículos y libros; escribió crónicas, poemas, cuentos en revistas de su país, del Continente y Europa: *Musa joven*, *Azul*, *Zig-Zag*, *Los diez*, *Nosotros* de Buenos Aires; *Comedia* de París; *Cervantes* de Madrid; *Poesía* de Milán, etc.

En 1919 se trasladó a Buenos Aires con el cargo de redactor de *Caras y Caretas* y contribuyó a la fundación de la revista *Chile*. En 1928 fue cofundador de la revista *Letras* y en 1948, recibió el Premio Nacional de Literatura. En declaraciones de viva voz al poeta Miguel Arteche, acerca de la creación artística, Angel Cruchaga expresó:

"En el día de Navidad del año pasado me encontraba en Cantón. Y de improviso una invencible tristeza me dominó el espíritu. Vivía en un décimo segundo piso, frente al Río de las Perlas. Pasaban remolcadores, sampanes y veleros, en esa tarde que me hacía volver los ojos hacia Chile. Sentía en mi corazón la ausencia del árbol de Pascua que he visto desde mi niñez en la casa de los amigos. ¿Qué podía expresar mi alma en ese momento de soledad? Entonces pensé que la demostración de mi sangre podía traducirse en un poema de nostalgia. No podía



expresar mis sentimientos por medio de la máquina de escribir, pues era muy difícil encontrarla en la ciudad. Y para dar al instante la solemnidad que requería, lo hice con mi pluma fuente, evocando en los versos los rostros de los amigos, las ventanas de sus casas, el clima, en fin, Chile, en una noche de Navidad. Y hasta pedí como un milagro al cielo, que me diera el alimento más pobre, siempre que me encontrara junto al árbol de esa noche. Las imágenes llegaban sin apremio y me sentía muy cerca de Chile a medida que miraba el reflejo de las estrellas en el río”.

“La caligrafía del poema era un verdadero jeroglífico que, posteriormente, tuvo que descifrar mi mujer con grandes esfuerzos. El poema fue escrito rápidamente. No corregí casi nada. Para escribir *Navidad en Cantón* —pues así se llamaba— no me molestaron en absoluto el ruido de los remolcadores y los llamados de las sirenas”.

Es un bello trozo de franca infidencia y de nostalgia. Sabemos de otros escritores que han extrañado en China que sus interminables habitantes ignoren a Cristóbal Colón y el Renacimiento. Hablamos de la vasta mayoría, no de los chinos especialistas, capaces de hablar el castellano como nosotros. Uno de estos genios le preguntó a Cruchaga a que había ido a China y él respondió que a estudiar y a dar conferencias. Entonces el asiático exigió: “Dame una conferencia”. Esta anécdota la conocimos de labios del propio poeta.

En el Banco Español-Chile donde Cruchaga trabajaba en la sección Letras y Cobranzas, concluyó su poema *Job*. Aquel poema escrito en el tráfago de una institución bancaria, dice así en su evocación: *Santo del muladar, terrible santo, / tu alarido de piedra hacia el eterno, / es una torre trémula de espanto. / Con tu cilicio se aromó el infierno.*

Angel Cruchaga Santa María a quien pudiera calificarse como un neorromántico, escribe una poesía de basamento religioso, rítmica, armónica en el verso de amor, en peligro de desgarrarse en los temas épicos y civiles. Sin embargo, le hemos espigado algunos buenos trozos de su poesía civil que además de aparecer en libros, está en los mejores números de la *Aurora de Chile* de Pablo Neruda y Diego Muñoz. Escribe en su libro *Rostro de Chile: Fue Inés de Suárez bella / de firme pecho erguida. / Del dorado Perú / acompañó a Valdivia. / Cosas del corazón / a Chile le traían / y su labor fue simple / la de criar gallinas / y mirar que los puercos gozaran de la vida. / No conoció los miedos / tampoco las fatigas / y cuidó con sus manos / claras flores y heridas*. No es acaso la imagen total de una mujer de conquistador, venida como amante y capaz de vengar a su hombre,

pero exhibe una variación en el registro ensimismado casi místico del poeta. El *Rostro de Chile* está dividido en partes que se intitulan *Descubrimiento y conquista*, *Cera colonial*, *Tras el sol de Setiembre* y *En los caminos de la luz*. La primera edición de *Rostro de Chile* fue publicada en 1955. Antes, el 24 de abril de 1944, publica su poema *Aureola para la villa de Guernica* en el séptimo aniversario de su martirio. Termina así: *Guernica dolorosa, pozo de muerte tibia / nosotros como siempre, besaremos tu tierra / y sobre tus olivos se detendrá la vida / con el apacible murmullo de una abeja.*

Meditemos en el acierto del verso último coincidente con el cuadro de Picasso presentando al hombre deformado bajo un cielo monstruoso que echa bombas y muerte en vez de luz, aire y vida sobre la tierra.

En 1946, el poeta recordó al muralista eximio Gregorio de la Fuente por sus murales de Concepción y escribe: *Gregorio de la Fuente en sus reflejos / vierte el pasado, orienta sus figuras, / mujeres, niños, alboradas puras / sobre el haz augural de sus espejos. // La Patria con sus huestes y sus minas, con esa luz de mar mecida y sola / en el penacho que nació en la ola / y sube en desatadas golondrinas. // La Patria en que Gregorio de la Fuente / ató la mar a la cima de una rueda / fosforescente de jazmín y greda / para que gire silenciosamente.*

Hemos insistido en este acento civil en la poesía de Cruchaga que contradice en parte las calificaciones hechas por Alone, Juan de Luigi y Eleazar Huerta situándolo como poeta esencialmente introvertido y místico.

Alone escribe del poeta en su *Historia Personal de la Literatura*, Santiago, 1962: *Su orden, su paz como su tormento le han forjado una fisonomía respetable, curiosamente vanguardista; porque cada una de sus cuerdas sociales, morales, sentimentales, debía llevarle al otro lado, lejos de la izquierda; pero el hecho es que sus campanas siguen sonando acompasada y religiosamente en esas torres.*

En Batavia, Java, en el mes de febrero de 1931, Pablo Neruda introduce con estas palabras a la poética de Angel Cruchaga Santa María:

*Ni el que impreca con salud de forajido, ni el que llora con gran sentimiento, quedan afuera de la casa de las musas poetas. Pero aquel que ríe, ese está fuera. La residencia de las señoras musas está acolchada de tapices agrios y comúnmente van las damas aderezadas de doloroso organdí. Duras y cristalinas, como verticales y sólidas aguas son las murallas de la vivienda solemne. Y las cosechas de sus jardines no dan el resultado del verano, sino que exponen la oscuridad*



de su misterio. Esta es la manera y sacrificio de comenzar a frecuentar las estancias de Angel de Cruchaga y de Santa María y el modo de tropezar con sus números angélicos y digerir sus obstinados y lúgubres alimentos.

Más tarde Neruda aprendió a reír sin traicionar a la señoras musas en su *Estravagario* y en sus *Odas elementales*, también supo retratar con los finos instrumentos de su poesía, aquellos que sólo le acomodaban, a su entrañable amigo de juventud: *Angel, recuerdo / en mi infancia / austral y sacudida / por la lluvia y el viento / de pronto / tus alas, el vuelo / de tu centelleante poesía, / la túnica estrellada / que llenaba la noche, los caminos, / con un fulgor fosfórico.*

Me viene una duda después de todo lo escrito: ¿Es éste que yo recuerdo, Angel Cruchaga Santa María? ¿Le reconocerían sus amigos más íntimos, escasos sobrevivientes?

Expertos en su poesía le sitúan en la órbita de Francisco Villaespesa, de Rubén Darío, de Domingo Gómez Rojas. Nosotros le vemos en un Oriente sentado junto a Gabriela Mistral, Jorge Hüber Bezanilla, Daniel de la Vega, Juan Guzmán Cruchaga, su primo. Pero Angel Cruchaga Santa María se levanta y se perfila distinto, superando la estrofa solamente emocionada y rítmica, buscando afanoso la veta, la esencia cultural que le debemos al pueblo, nuestro pueblo del cual recibimos nuestra sabiduría ancestral y la capacidad de silencioso sufrimiento. Angel Cruchaga Santa María no sólo es recordado por un poema, a pesar de la exaltación hecha por los críticos de *La muerte suya*, escrito al suceder la muerte de su madre y sentir el sacudimiento desgarrador que se oculta en el *Requiem*, de Díaz Casanueva y en las palabras, más gemidos que palabras, de otros poetas que sufren el mismo cataclismo, vueltos, de súbito, niños desesperados. El poeta Angel Cruchaga intuyó su propia muerte en 1928 cuando escribe: *En mis huesos Jesús crucificado, / llevaré tu perfil cuando me muera.* Pero es éste un poema rebasado por la vida y es una intrusión adentrarse intempestivamente en los misterios de la muerte.

Han transcurrido 26 años desde que Angel no existe. Si hubiéramos plantado un árbol el día de su fin, tendríamos una fronda vasta y protectora entre cuyas hojas retozarían los pájaros, la luz y el viento. Pero hay todavía algo más, una palabra con su secreto que se anida en la memoria y prevalece; unos símbolos capaces de vencer el más empecinado olvido. Nuestro poeta de voz asordinada, de mirada prudente, cumple ese destino y establece con su poesía más honda, un ciclo, su propio ciclo y el de todos nosotros.

# Juvencio Valle cumple 90 años

## A JUVENCIO VALLE

Juvencio Valle, vate, son activo,  
poeta de los bosques y su aurora,  
nítido y firme en la lluviosa flora,  
meditabundo como diós cautivo.

Unos te han visto invierno y primavera  
en tu jardín de rosas y jazmines;  
otros te vemos mudo en los confines  
que ampara tu abnegada compañera.

En este día azul que te emociona,  
me decido a pulsar con osadía  
esta cuerda afinada en tu homenaje.

Tu estrofa es el laurel de tu corona,  
tu amor al pueblo es llama que porfía  
y preside tu hogar en el paisaje.

*Luis Merino Reyes*

JUVENCIO VALLE, VILLA ALMAGRO,  
NUEVA IMPERIAL, 6 DE NOVIEMBRE DE 1900.

No hay necesidad de mencionar su nombre completo. Basta decir Juvencio y todos saben a quien es la referencia. En forma inmediata nos invade el sur con su vegetación, su lluvia y sus bosques; una poesía depurada y simultáneamente la figura de un hombre sencillo y, en el decir machadiano, bueno. En esta fecha cumple 90 años.

## YO SOY UN CARPINTERO

Sencillamente soy un carpintero,  
como quien nace con el pecho herido,  
con el silbo en la boca  
o con la frente en llamas,  
yo nací carpintero.

Con este oficio vine entre los dedos,  
me persigue el olor de la tabla  
tropiezo en las repisas,  
piso aserrín dorado,  
me enredo en la viruta.

Igual que nace el tulipán, y vive  
mirando al sol de fijo,  
besando el agua  
y es sólo tulipán hasta que muere,  
yo nací carpintero.

De techo en techo vivo,  
de alero a tijeral hago el camino,  
que en ese tren aéreo  
que muevo entre artesano y mariposa  
y como una abeja canto.

Hago rústicas mesas  
para que el pan se ofrezca  
y el vino alegremente se derrame,  
para que los poetas  
—hermanos de mi propia madera—  
canten todos en coro.

Con mi serrucho al brazo  
—luciente pez de plata—  
me voy en cuerpo y alma;  
con mi serrucho al cinto,  
como quien viene de aserrar el día  
silbando hacia la noche vuelvo.

Desde el alma a las uñas  
me siento carpintero;  
me ahogo entre resinas,



## LA NARANJA

La naranja despunta desde adentro:  
en el espacio tibio tiene un hueco:  
se inicia en sus entrañas, y qué rosa,  
qué sustancia interior, qué mar alzado  
si en la mano turbada centellea.

El ojo enamorado la persigue,  
la ensalza cuesta arriba, se le arrima;  
el deseo la hiere, el débil labio  
la toca tropezando, la rodea  
la mano que anhelante la descuelga.

Ay niña de mi amor, labio de fruta,  
diente blanco que ríe agradecido,  
lengua húmeda del trópico y lechuga,  
paladar de las diez de la mañana,  
río de sed, de miel y de saliva.

Alta estación solar, ardida era  
—el caballo relincha, el gallo canta  
y el toro irrumpe con su río de oro—,  
nudo del aire, espacio sensitivo,  
campanario de gotas temblorosas.

La naranja está llena de marfiles.  
Florece donde pura se establece,  
y qué flor tan real, qué melodía  
tan llena de rubíes, qué sistema  
de surtidor dormido en patio viejo.

Qué apretada la veo, qué dureza  
de mineral ardiente le descubro;  
qué inflamada la encuentro, qué ceñida  
a su teclado de oro, qué madura  
para morir entre garganta y lengua.

## AGUA PROFUNDA

Tengo melancolía. Es silenciosa y tibia:  
de claridad y hondura estoy herido.  
Pienso en mi padre: es alto como el trigo,  
fuerte como un David en la colina.  
Pienso en mi madre: como un rosal es ella  
(florece en mi corazón su rosalía);  
cultiva flores y borda en su pañuelo  
monogramas que tienen mi corazón asido.  
En mis hermanas pienso. Así me digo:  
bella rosa del alba, clara luz de este día,  
susurradora estela, tránsito de mi vida:  
todas en mi corazón están conmigo.  
Mis hermanos son libres como el agua.  
Van por la vida con su ardiente sino;  
gustan palpar la tierra, oler la hierba,  
y en vez del oro manejar el lirio.  
Torno a mi infancia. Veo un campo abierto,  
un alba en ciernes, un insinuado ritmo.  
Vuelvo a mi infancia, siento un clima de oro:  
todo un vivido mundo está conmigo.  
Hacia adentro me miro: la belleza me duele,  
que desde raíz a copa sufro y vivo.  
Todo me toca en pleno, todo viene  
a golpear en mi corazón: estoy herido.

## ARBOL DEL PARAISO

No me dejes caer en tentación, Margarita.  
Apártame de tus dedos, sabios como alfileres;  
apártame de la cáscara de tu tronco con flores,  
del caballo más dulce, apártame tú que puedes.

Librame de los viajes de miel al otro mundo  
si debajo de un árbol el caballo me espera;  
librame de los gárfios de la montura blanca,  
de los lomos de nardo de la yegua canela.

Que no corran unidos la carrera preciosa,  
la manzana del cielo y el puñal de la tierra.

No me dejes correr en tus canchas de flores;  
que no pise tus hierbas fatales, Margarita;  
en tus aguas ocultas que no derrame espumas,  
en tus piedras azules que no levante chispas.

Desvíame de tus aguas —alcohol en racimo—  
de las violentas aguas de tu amapola roja;  
de la zarza envolvente y del surco en camino,  
de la culebra de oro que en el árbol se enrosca.

Desvíame de la flecha, de la curva y la línea,  
del alto y florecido columpio de la hoja.

Eres árbol de leche, paraíso e higuera,  
y estos fuegos alertos quieren quemar tu casa,  
explorar tus jardines y pisar en tus sedas:

Margarita, levanta tu varilla de gracia  
y defiéndeme del avance de la tenaz culebra.

## CHILE DEL SUR

### Fragmento III

Ay, mi Chile del Sur, cómo se mojan  
tus enormes barracas de madera;  
junto a su dura lámpara salada  
cómo se moja el corazón del indio.  
Lágrima, anís, vinagre, ajeno, hielo,  
bajo tu Cruz del Sur, cómo se mojan  
los muertos cementerios, las callampas,  
los pájaros polares y las bestias.

Ay, mi Chile letal, cómo resuenan  
de Norte a Sur tus tablas coloradas,  
tus aserrines rojos, tus virutas,  
tus astillas de débil consonancia.  
Cómo zumban las pálidas bombillas,  
los bastones con órganos sonoros  
y los humosos árboles con flautas.

Y tu estanque glacial con tulipanes  
ras a ras de tus cielos sin orillas,  
y tus tensas barandas que abren paso  
al impulso lacustre de tus vidrios,  
al recorrido de tus archipiélagos  
y a tus roncós redobles submarinos.

Y el galope de junio entre los juncos  
decapitando estrellas con su espada,  
rompiendo surcos con sus uñas verdes;  
el galope de junio, casco y diente,  
sonando conos mágicos por dentro,  
destruyendo floridas catedrales.

Y tus vastos barbechos, como océanos,  
salpicados de harinas submarinas,  
tus agrias sábanas convulsionadas  
de resinas oscuras y betunes;  
tus esfuerzos corsarios por la tierra  
en donde abren su cáscara blindada  
la avellana, la raíz y el hueso.



Y tus ulmos redondos como huso,  
de cinturón y copa almidonada,  
aguerrido el penacho rumoroso  
y el temple vertical en el costado;  
indeclinable el cuerpo paralelo  
en el anhelo de vaciar la menta  
y levantar su río de madera.

Y el buey, a cuestras con su sombra lila,  
con su resuello de ídolo sagrado  
y su flor animal como bandera;  
con su hocico del sur, a gran espacio,  
gace una cruz de lágrimas ardientes,  
masca tus flores y te lame el trigo.

# Rosa Cruchaga de Walker

Santiago de Chile, 1932. Estudios de Pedagogía en Castellano en la Universidad Católica. Vivió en Madrid entre los años 1970 y 1976. Profesora de Castellano en la Universidad Católica de Santiago (1980). Escribe además narración y ensayo. En 1984 fue designada Miembro de la Academia Chilena de la Lengua, siendo la primera mujer en ingresar a dicha institución.

## BIBLIOGRAFIA. VOLUMENES DE POESIA.

DESCENDIMIENTO, Premio Alerce, Sociedad Escritores de Chile, Prólogo de Miguel Arteche, 1959.  
DESPUES DE TANTO MAR, Editorial del Pacífico, Santiago, 1963.  
RAMAS SIN FONDO Editorial La Muralla, Avila, 1967.  
POESIAS, Separata, Revista Mapocho, Santiago, 1970.  
RAUDAL, Imprenta Universitaria, Prólogo de Pablo Neruda, Santiago, 1970.  
ELEGIA JUBILOSA, Separata, Revista Mapocho, Santiago, 1977.  
BAJO LA PIEL DEL AIRE, Premio Municipal de Poesía, Nascimento, Prólogo de Roque Esteban Scarpa, Santiago, 1978.  
OTRO CANTAR, Separata, Revista Mapocho, Santiago, 1980.  
ANTOLOGIA BREVE, Separata, Revista Alerce, Santiago, 1982.  
SOBREMUNDO Editorial La Muralla, Madrid, 1985.

## MENTA

Por esta puerta de servicio,  
arrastrándose sobre las negras baldosas,  
llegó a dormirse Luther King, anteayer:  
Viernes Santo de mil novecientos sesenta y ocho,  
con el pecho traspasado por una pastilla de menta.

Son heladas las mentas que congelaron a Marilyn.  
Y las que los turistas dan a las palomas  
que se hundirán con Venecia.

Mentas heladas los ojos del Paraíso perdido,  
las rodillas enanas del pintor de cancanes  
y las sienes suicidas que pintaron girasoles.

Un collar de mentas partió en dos  
a una austríaca-francesa  
y de una menta hermafrodita nacieron gemelos  
el Príncipe de Dublín y su africana golondrina.

Con treinta mentas heladas  
comparamos la Salvación: durante otro Imperio.

Y a veces se nubla en el cielo  
la Pastilla de Menta.

## EL LLAMADO

Si está malo el teléfono estoy buena  
con este perro que se llama "Miedo".  
Me defiende del miedo con un Miedo  
que me ataja el cordón con la cadena.  
Si el mar lame mi playa palpo el miedo  
en los colmillos de la luna llena.  
Si pienso que ni hay cola de sirena  
mi miedo es que también se acabe el miedo.  
Me da tregua el teléfono. Y la arena  
me está llamando ya, pero no suena.  
Las olas son de miedo, el mar, de pena;  
y a mis pies va a ovillarse una ballena.  
Daré huesos al perro y tandr  miedo  
de que el Miedo me coma mientras cena.

## MIEDO

Déjame de cierva, déjame escapada  
sobre el monte, donde las olas del trigo  
no me alcancen. Siento tu oscura llamada,  
tu sed y tu abismo.  
Déjame all  arriba: me será la nieve,  
me estará azuzando los vientos del valle;  
y así no ha de verme la arrastrada muerte  
que el cuerpo no sabe.  
 D jame de cierva, déjame en huida:  
que esta noche al menos me tome dormida!

## ORIGEN

De ceguera mordida y pavorosa,  
más que del mar, las olas han nacido.  
No de embrión: del ahogo, la paloma;  
y del miedo al invierno: todo el trigo.

¿Cómo pude, no en hueco de glaciares,  
aprender soledad de tanto filo?

Esta agua, si compacta fue en su madre,  
no estaría hecha triza en los caminos.

No es sangre que me corre: esto es un zumo  
de agobios que legaron los rendidos.

Más que miedo adherido, esto es un musgo  
sobre piedra, reciente, desde siglos.

No pudo ser benigno el sol. No pudo  
ser el mismo al que se abren los maizales:  
si a esconderse en la tierra tira el fruto,  
si la rama desgarrar por volarse...

## SOMBRA

¿De qué me libra mi sombra,  
remedándome un olivo  
de sangre que se deshoja?

¡Ay! madre y ¡ay! hija mía:  
Dos rosas me cantan, pero  
sólo oigo callar la espina.

## LA JARRA

Yo en mi cuarto, sola.  
El agua en la jarra oscura.

Siento mis ojos de paja  
porque un bosque me perdura  
como la cera sin llama.

Como la cera sin llama  
que en témpano, se rasguña  
y, en vigía, se acorralla.

El agua en la jarra oscura.

## **EL GUANTE OLVIDADO**

Hoy me hiere evasivo como el tiempo  
un guante hueco con un gesto hinchado.  
Como un túnel que falta demasiado.

Me agobia como el arco de la guerra  
su vacío de pie sobre los ayes.  
Y el destino que va por cinco calles.

## **CRUZ**

Dos leños se han encontrado  
donde angosto pasa el viento.

Mi adiós ya no va a acabarse.

Me ronda por dentro como  
la sed de Dios al vinagre.

No pude darte la mano.

Si te alcanzo caeríamos  
la lanza con el costado

## **AMURALLADA**

Como el muro, nacida por un miedo,  
espero en blanco que se acabe el río.

Que me esculpan el nombre: y sea mío  
el aguacero curvo de Toledo.

Mi ojera es mi alma. Mi alma en que remedo  
a la almena mordida por rocío.

En lo alto abrume y a los pies me río  
con el llanto que fui, y en que me quedo.

## **DESPEDIDA**

Dije adiós a una ventana  
pero dejé mi sombra dentro:  
por si un tanto has de morir.

Dejé el sillón besando el muro;  
y mi candado husmeando  
tu perfil.

Por si, poco, has de vivir...

## LA DESPEDIDA

Se quedó en blanco aquella despedida.  
Tan camisa su pecho, tan pañuelo  
mi pena. Apenas ocre estaba el suelo  
con la arena vidriosa contenida.

Yo alcé la mano presumiendo vida  
y hubo un guante de adiós y un viudo velo.  
Sonreía el maíz, pero en el cielo  
los pájaros graznaban a escondidas.

Y me dije: "el verano ha terminado  
sin buitres y sin carne que decida  
entre el ser soledad o el ser bocado".

Pero él ya sabe cuánto estoy callando,  
y cómo el pelo se encanece, cuando  
tanta camisa en blanco es una vida.

## SE QUE ME VOY

Sé que me voy. Me voy retrocediendo  
como el salmón que vuelve cuna arriba.  
No alcancé nunca al mar, estando viva.  
No llegare a las cumbres, falleciendo.

Sé que te vas, te vas y no queriendo:  
como una esponja amarga y fugitiva.  
Hasta el fondo del mar con tu saliva,  
sobre la arena rosa oscureciendo.

Sé que te vas de mí. Que nada queda:  
ni un rastro ni algún sauce que nos pueda  
llorar de bruces arañando el río.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo  
que aquel morir inmerso era lo mío.  
Y que me voy, te vas. Nos vamos yendo.

## FATUM

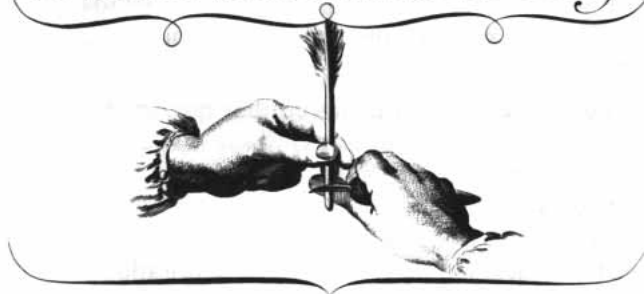
El plato con cenizas y la luna de hojas grises  
separan los dos perfiles. Está cantando la rana.  
El diría que es tartamuda y ella que está acatarrada.  
Alguien debiera explicar que a ellos no les queda nada:  
sólo el humo hacia la luna: que se borra o se cansa.  
Los dos perfiles coinciden en las colillas que apagan  
y en el acezar callado: mientras canta la rana.  
Cuando en el viento golpea su ruido bisagra  
y él no dice "volveré", ni ella dice "no te vayas".  
Y nadie debe decir por qué la vida es tan rara  
que acepta el hacerse humo sólo para ser llorada.  
Sonríen el plato y la luna antes de darse la espalda.  
Hará frío en los caminos. Pero canta la rana  
entre las hojas grises y al fondo de las entrañas.  
Antes, él diría "qué injusto" y ella bromearía con lágrimas.  
Pero hoy se alejan y nada que lloren sin sacar nada.  
El humo en el aire es aire. La luna, gris porcelana.

## CONTEMPLACION DE UNA SIESTA

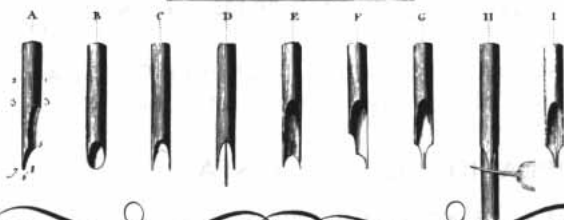
Bajo esos techos como carnes vivas  
hoy percibo unas penas alquiladas.  
Una pajiza cruz para un lecho divino.  
Un apático espejo frente de una manzana.  
Y zumbando unos números bajan.  
Aunque ignoran de quién es la carroña,  
y si chupan, o inyectan o son grises.  
Veo dormir al hombre sucedáneo  
de un vacío que cruje en su escalera.  
El traje de chatarra en una silla  
ve soñar a aquel hombre pasadizo  
con su sombra que no requiere puertas.  
Un tictac sobre el mármol es el pulso  
de alguna mano desollada de una manga.  
Y la cruz como araña va girando en el muro.  
Como un norte que sigue la inquietud de la cama.



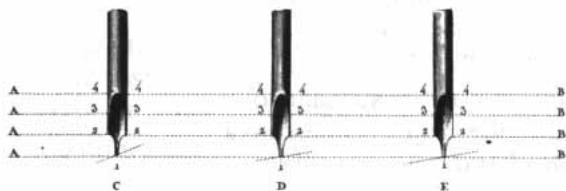
# Posture de La main et du Canif



## Couper différemment de la Plume



## Proportions d'une Plume taillée



Paillasse Sculp

Anten Sculp

# Armando Uribe Arce

Santiago de Chile, 1933. Abogado. Fue diplomático, actividad que terminó como Embajador en la República Popular China en 1973. Ha escrito además ensayos literarios, jurídicos y políticos, artículos de periódico, y hasta un diccionario de términos legales. Algunos de sus poemas y obras han sido traducidos al francés, al inglés y a otros idiomas. En la actualidad es profesor titular (Leyes) en la Universidad de la Sorbonne.

## BIBLIOGRAFIA. VOLUMENES DE POESIA.

- POESIAS (en la Antología "El Joven Laurel"), Editorial Universitaria, Santiago, 1953.  
TRANSEUNTE PALIDO, Editorial Universitaria, Santiago, 1954.  
EL ENGAÑOSO LAUD, Editorial Universitaria, Santiago, 1956.  
LOS OBSTACULOS, Colección Adonais, Ediciones Rialp, Madrid, 1961.  
LOS VEINTE AÑOS, Editorial Universitaria, Santiago, 1965.  
NO HAY LUGAR Editorial Universitaria, Santiago, 1970.  
POR SER VOS QUIEN SOIS, Editorial Universitaria, Santiago, 1989.

## NINEZ

En el comienzo estaba yo.  
Tenía los pies sumergidos  
y pensaba en el agua.  
El insomnio gastaba su leve madera  
y se iba haciendo transparente.  
Yo era joven. Feliz.  
Pero el sufrimiento era ya naturaleza.  
En la tarde afinaba mi voz insegura  
y con sueño celebraba el crepúsculo.  
Mi cama estaba situada en un rincón de la piedra.  
Había siempre un ángel  
que me sonreía.  
En el fondo de las cosas,  
cerca de la pared oscura,  
moraba un monstruo vago de hechiceras miradas.  
Temía que encantara mis ojos para siempre.  
Tendría que olvidarme aún de mi mamá.  
Y huir solitario por la calle ignorada.  
He visto nuevamente la imagen que temía.  
Y no hay ángel alguno que me vele.  
En las noches, cuando voy a dormirme,  
abro los ojos y temo y me persigno.

## TODO LO QUE VIENE . . .

Todo lo que viene y va,  
es trasunto de mi vida,  
entrada a mi costumbre,  
mérito y acabóse.  
Lámina transparente hasta la nada  
en el corazón de estaño,  
el río es de sangre patética,  
la muerte es colérica.

## MUCHAS LAMENTACIONES . . .

Muchas lamentaciones no conmueven: aburren.

Lloro de pena aguada y persigno los nombres.

Entonces voy marchando y atrayendo sonrisas  
claudicantes de limpias amazonas

Mérito grande es el propio lamento

vertido por defensa en paso regular.

Con eso llegaremos a nuestra casa nuevos.

Llovidos sin embargo por lágrimas carnales

que quizás por qué nacen.

—Mira, mira . . .

—No preguntes, mas oye que es lamento

en el fondo este pago sobre el hombre salino

que al sitio del naufragio se vuelve a merodear.

Una ristra de mozos y mozuelas molestas

va a salir de este encuentro que consumó la vida.

El lamento es entonces tan inútil que cansa,

¿cómo éste, caballeros? ; señoras, ¿no es así?

## SER MIO . . .

Ser mío

siglo tuyo

esperanza (palabra de ayer, antes de ayer, y hace años)

y nunca

(¿nunca? —“Nunca”)

pues hay una mano que sostiene a un mico por la cola

mientras estamos mirando el baile de los invitados

que se mueven como crisálidas, sandwiches vivos, ojos y águilas

(y hay vicuñas preciosas que se exhiben con sus cuatro patas)

y en el lugar que miramos puede haber un negro o un inglés.

O un sueco. No importa. Yo atiendo, soy servicial,

no soy mal educado, pregunto, me apresuro a contestar,

y entre copa y copa (de agua, naturalmente)

muestro mi espíritu entre flores,

entre pescados fritos, entre amigos asados,

como si fuera rana de carne blanca y fría.

## **CAMINANDO EN LA CALLE . . .**

Caminando en la calle  
serio y triste, callado,  
miro ojos y cuerpos y paredes.

Después de andar un poco  
llego a mi pieza, un cuarto como todos.  
¿Es verdad que alguien ríe, que hay belleza?  
Respiro y voy viviendo.  
Todo muere;  
y el ojo de mi alma llora y llora.

## **SOY POBRE COMO LA RATA . . .**

Soy pobre como la rata.  
Triste como tía.  
Y toco esta corneta de cartón en cumpleaños  
de pequeños deformes.  
Y la guitarra del cielo suena sola  
con la indolente angustia de la noche.  
Y las palomas de las oraciones  
vuelan cenizas por la tierra muda.

## **DON QUIJOTE FUE ARAÑADO POR UN GATO . . .**

Don Quijote fué arañado por un gato  
a quien creyó doncella fogosa y enamorada;  
el gato se le colgó de las narices,  
Don Quijote gritó: ¡Doncella, doncella!  
¡Qué vergüenza para mi émulo  
cuando, sintiendo la quemazón de las uñas,  
pensaba en la pudicia!  
¡Qué felicidad la suya cuando vió que era sólo un gato  
el furioso destructor de sus narices!  
Así yo cuando un gato maldito  
gruñe y gime detrás de la puerta  
semejando voces de doncella  
cierro mis oídos al engañoso laúd,  
cuido mis narices, inocentes de toda lujuria,  
y defiendo el pudor de los gatos.

## **VOY A SUBIRME A UNA MONTAÑA**

Voy a subirme a una montaña  
a gritar a los cuatro vientos  
éste es Armando Uribe y va a hacer un milagro  
que levantará el polvo debajo de los pies.

Y ésta es la montaña donde estoy parado  
y éste es el río que no existe  
y yo atravesando el río saqué un pez  
que habla de este modo:

Creedle amigos, es un hombre sabio,  
bueno, virtuoso, quitado de bullas,  
habla como un ángel y ríe como un arcángel  
y verdaderamente merece el cielo por su buena conducta.

Pero nadie quiere seguir oyendo tantas sandeces,  
algunos bostezan, otros se retiran,  
y yo sigo en la montaña  
como un rey, como un ángel, como un pez.

## **NO SE MI NOMBRE**

No sé mi nombre,  
podría ser  
hueso o gusano.  
Vivo en el huerto  
bajo el olivo.

## **LA LENGUA HABLA**

La lengua habla de sí: dice: la lengua  
es un pez en el agua; el pescador  
es el silencio.

## **ESTOY TRISTE**

Estoy triste, pero no tan triste desde que recibí tu carta,  
esa carta donde me dices que me quieres tantas veces  
que yo llegué a contarlas, pudiéndote decir  
que soy tu amor por ocho o nueve veces.

## **DIGAME, SR., QUIEN SOY YO QUE LE PREGUNTO**

Dígame, Sr., quién soy yo que le pregunto,  
y quién es mi padre y quién es mi hijo,  
y los gusanos de mi tumba quiénes son;  
yo no los conozco y me descubren el pecho.

¡Qué hacen aquí, qué comen aquí,  
donde hay un hombre muerto que leyó de gusanos,  
que eliminó la posibilidad de gusanos  
escribiendo acerca de gusanos!

## **LA MUERTE ME VISITA**

La muerte me visita. Me dice: ¿qué te pasa?

Te veo alicaído. ¿Quieres morir acaso?

tú sabes que hay espacio

suficiente, ¿no almuerzas en mi casa?

Ven —me dice— mi casa está muy cerca.

Vamos del brazo, ven. Cosa de instantes.

Pero yo sé desde antes

que su palacio es un cajón con tuercas.

## **DESCRIBO UN DIA ENTERO:**

Describo un día entero:

No me levanto, no ando,

no saludo ni escribo,

soy sordo, ciego, mudo,

sin tacto, sin olfato.

No siento nada ni me siento,

no estoy de pie ni me arrodillo.

Oh manco y cojo y jorobado

y zunco y zurdo y turno. Sudo,

huelo a excremento; sí, me orino,

lloro del ojo para afuera,

lloro del ojo para adentro.

## **TENGO TEMOR ¿A QUE?**

Tengo temor ¿a qué? Rama que tiembles.

Corre una liebre y un erizo late.

## **YO SOY EL ECO, TÚ ERES LA PALABRA**

Yo soy el eco, tú eres la palabra.  
Padre de piedra el hijo te gritaba.  
Por qué lo abandonabas abba abba.  
No me contesta una sola palabra.  
Mala la piedra y malo el que la labra.

## **PADRE DE PIEDRA EL HIJO TE GRITABA**

Padre de piedra el hijo te gritaba  
y tú no le dijiste una palabra  
divinidad desnaturalizada  
le prohibiste al ángel de la guarda  
que haciendo su deber lo acompañara  
para limpiarle siquiera la lacra  
de la mortalidad llaga por llaga.  
Estoy sentido contigo, me amarga  
tu prescindencia, metido en el arca,  
y me dan ganas de decirte raca.  
Se me acabó la comprensión. Malhaya  
el padre que a los hijos se les calla.

## **MORI DOS O TRES VECES**

Morí dos o tres veces.  
No hay nada nuevo bajo el sol.  
Bajo el sol envejeces  
sin darte cuenta que se puso el sol.  
No quedan ni las heces  
de ti. Comiéronte a destajo  
los dioses de debajo.

## **¿QUIERES QUE MUERA PARA QUE NO MUERA?**

¿Quieres que muera para que no muera?  
La tierra del destierro la desertas.  
Llena de gente pero tan desierta.  
Llena de gente sin formas, incierta.  
Llena de gentes hace tiempo muertas.  
Urgente Dios ¿de mí qué es lo que esperas?



# Jamás confundo lo real con lo imaginario

JUANA GALLARDO

Deslizándome entre piernas, abrigos y zapatos encontré un rincón casi desocupado para sentarme en paz. Siempre he tenido la precaución de llegar con un poco de retraso para evitarle a la gente, la creencia perturbadora de que busco compañía. Terminaban los noticieros, avisos publicitarios y las toses cuando me acomodé en la butaca dispuesta a olvidarme de todo. Lo fascinante del cine es justamente esa posibilidad que se inicia apenas se apagan las luces y uno comienza a disolverse en la nada. La vida se suspende y uno se transforma en conciencia pura limitada a registrar aquello que los ojos ven. En el cine soy un vacío que se colma cuando mi mirada rebota en la pantalla y se devuelve hacia mí. Es como tipo de muerte que se experimenta al quedar el cuerpo de uno sin alma sentado en una silla. Pero al final, cuando se encienden las luces, se resucita y entonces, es inevitable encontrarse a la salida con niños vendiendo golosinas y mujeres que arrastran la pobreza en sus caras. Otros van al cine porque les gusta meterse en la pantalla para identificarse con los héroes y galanes, sufrir y gozar por ellos. Pero yo jamás confundo lo real con lo imaginario. No pertenezco a esa estirpe de cobardes de vida insípida que van al cine a evadirse. En todo caso, esa noche estaba diluyéndome en la oscuridad y el anonimato cuando escuché detrás mío un ruido leve pero preciso, un chasquido agudo succionando aire por alguna rendija entre los dientes. Eso podría ser peor que tener un acompañante comiendo chocolates, pensé pero sin darme cuenta logré perderme de nuevo en el paisaje extendido ante mi ojos. De golpe, fui devuelta a mi butaca al oír, nítido, el segundo chasquido. Molesta y sin el deseo de disimularlo miré hacia atrás para expresar mi desagrado. El dueño de la enorme cara azul que reflejaba en su piel los colores de la pantalla, no se percató de mi gesto. Al tercer ruidito, me cambiaría de lugar. Y ya no pude hacer otra cosa fuera de esperar a que el tipo ese emitiera ese ruido enervante. Calculé durante mucho rato cómo pasaría de nuevo entre piernas, abrigos y zapatos sin pisar a nadie, para irme a sentar al otro lado extremo de la sala, donde no pudieran alcanzarme los reso-

plidos aunque pusiera toda mi atención en ello. La música era hermosa, recién la podía apreciar cuando oí, de nuevo, a mi vecino. Pero no me levanté para cambiar de sitio. Había comprendido que era él, quien debería irse. Me di vuelta para exigirle silencio. El hombre puso cara de inocente y desde otra fila me miraron he hicieron callar, a mí!. No recordaba haberme sentido tan humillada. El tipo ese, estaba detrás mío empeñado en no permitirme disfrutar de mi derecho de ir una vez a la semana al cine y los demás, se hacían cómplices de él. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?. A esa clase de gente debería reconocerla a leguas de distancia!. El fulano era un resentido, un hombre insoponible abandonado por su esposa, uno de éstos con el tiempo de sobra para dedicarlo a no dejar vivir en paz a los otros, en especial, a las mujeres solas. Volví a darme vuelta para grabarme la cara del perseguidor y lo vi gordo, bigotudo, con una sonrisa aceitosa, olvidado del mundo mientras estrechaba en sus brazos a Jessica Lange. Volví a darme vuelta para grabarme la cara del perseguidor. Yo había cerrado los ojos para retener su imagen en mi memoria cuando retumbó en la sala el crujido del aire traspasando sus dientes y muelas, lanzado contra mí como un eructo en plena cara. Un monstruo prehistórico, un animal rabioso, me fue creciendo por dentro hasta desbordarse y reventar las costuras civilizatorias de mi piel. Escapó de su prisión y me lanzó a golpear al hombre con la cartera, a decirle que era un degenerado y a hacerle añicos sus malditos y horribles anteojos.

Todo se puso negro. La gente gritaba y las luces de la sala se prendieron mientras ella me arañaba la cara gritando obscenidades después de haberme roto los anteojos. Brazos ajenos trataban de separarla de mí, de la sangre que me chorreaba y se me coagulaba en las pestañas. Recién pudo serenarse cuando alguien le dio una bofetada. Llorando dijo que deseaba ser protagonista al menos de su vida y no estar más de testigo de lo ajeno. Y en eso, yo la comprendí. Acaso de tanto ver películas, haya finalmente logrado meterme en la piel de otros. De inmediato supe que me encontraba frente a una persona que al igual que yo, vivía a plazos, cobrando semana a semana la cuota de emoción que la vida le quedó debiendo. Sus palabras rebotaron durante algunos instantes dentro de mi cerebro y comprendí que debía pedirle que me ayudara a limpiarme la cara para huir juntos y no permitirle a toda esa pobre gente continuar burlándose de nosotros. Debíamos librarnos de ese destino de espectadores profesionales y hacer nosotros la mejor historia de amor. Todo eso quise decirle pero sólo me salió un estúpido: "no se preocupe señorita" y la dejé ir. Recogí mis anteojos hechos trizas y la adiviné deslizándose entre la gente. Ella se había diluido en la oscuridad de la calle cuando se acabó la película.

# Tomados de los ojos

GUIDO EYTEL

Llegué a tu casa pensando que siempre nunca las palabras alcanzan a decir. Por ejemplo, pensaba yo, cómo ir diciendo la relación que hay entre el olor del dafne después de una tarde de lluvia y el aroma de la suave quebrada de dos pechos de una mujer saliendo desnuda del lago. O bien cómo decir que en el cuello hueles a magnolia que huele como durazno maduro, pero no es precisamente eso, sino el hambre y una dulzura medio salvaje como una siesta bajo un manzano o el roce de la seda más recóndita en mi mejilla.

Y toqué el timbre pensando que esa manera tuya de decir hola es algo más que eso porque hay detrás una pregunta o una esperanza o simplemente ganas de que diga perdón, me equivoqué y chaíto. Pero tampoco es eso, porque hay un leve roce de los ojos que dicen pasa te estaba esperando y siento como un aura al entrar y me envuelvo en ella como en una nube y te dejo pasar y con éstos mis ojos te busco la nuca a través de la nube que se abre y ahí está tu nuca, veo claramente el escorzo de tu cuello y bajo y toda ondulas hasta que te sientas y algo dices, qué me importan las palabras, y me siento frente a ti, dispuesto a todo y a mirarte.

Hablabas, creo, de tu último viaje y las palabras se elevaban como burbujas transparentes, bailaban un poco en el aire y se estrellaban y se deshacían contra el techo y las sílabas caían como pedacitos de cristales sobre la alfombra. Te miré sobre los ojos, justo en medio de la frente y fui desviándome lentamente hacia un lado. Fui metiéndome entre tu pelo, enredándome ahí suavemente, te susurré en el oído con mis ojos (tus ojos tiritaron) y con la misma yema de los ojos te fui perfilando: el pecho izquierdo tomé como si fuera una taza, bajé por el costado, la cintura, la cadera, seguí bajando y di gracias a Mary Quant por haber existido y por la brevísima falda blanca de tu regreso. Llegué a tus muslos levemente cobrizos y ahí me quedé un rato, como durmiendo sobre una parva de trigo.

Tu voz me sacó de esos dos soles morenos y voló mi mirada y se puso a revolotear distraída por cualquier parte, como una mariposa nocturna: los ceniceros, las figuritas de porcelana, una reproducción de Gauguin, un loro ecuatoriano de miga de pan, hasta que sentí el resplandor, el foco, tu mirada, y decidí lanzarme a ella como un suicida. Ahí quedamos, agarrados de los ojos, tú diciéndome todo este tiempo te esperaba, metiéndome yo en tus ojos, tú en los míos diciendo sí ya estoy dispuesta, sumergido yo en tus ojos, de que color son estos ojos, como el agua, como bajo el agua cuando el sol dibuja sus rayitas, buceó dentro de ti, misteriosa submarina, y salgo a respirar a la superficie, salimos.

Recogí mi mirada y empecé a cargarla con todas mis fuerzas, bien de adentro, le puse toda la potencia y la eché a gatear, reptar, deslizarse sobre la alfombra hasta llegar a tu tobillo y lamerlo como un cachorro y sientes que ahora sube una lengua por tus pantorrillas, tus rodillas redondeo, miro hacia arriba y me levantas de los ojos, puro silencio

ahora, besándonos los ojos, la comisura de los labios rozo, los labios que entre abres, asoma tu lengua y humedece, busca y entra, voy por tu cuello como un caracol y suspiras, te acomodas en el sillón y vuelvo a tus rodillas, me arrodillo, dejo un rastro de saliva entre tus muslos, un rastro espiral que va subiendo mientras aflojas las piernas y con los ojos me agarras la cabeza, metes los dedos de los ojos entre el pelo y tiras, suspiras cuando bordeo la ingle, pego los labios en la superficie húmeda sedosa de la tanga, sientes mi aliento caliente, juega mi lengua en el borde, se desliza y entra, abre los labios, como el mar salado eres salada y sabrosa, como el mar te vuelves ola y ola, tus ojos se desenredan de mi nuca y levanto la cabeza y otra vez me dices pasa, como al principio de esta historia.

-Me estás mirando diferente- escuché tu voz suavemente profunda.

Estoy concentrado, te dije, cállate y apoyaste la cabeza en el respaldo del sillón, ¿estoy bien así?, un poco más te digo y obediente abres las piernas, me voy abriendo paso y entro: siento tus suspiros suaves en mi oído, cada vez más a fondo entro, húmeda tibieza, ahora abre y cierra las piernas con este ritmo suave, aprétalo como quien ordeña, ananga ranga, deja caer las sandalias y afirma los talones sobre la alfombra, único punto de apoyo, levanta el pubis y gira, sube y ondula, empieza a sentir mi respiración jadeante contenida en tu oreja, saco un pecho de tu blusa y se desborda blanco, aprieto el pezón rosado con mis ojoslabios, lo dibujo con la lengua y chupo, suena tu queja en mi oído más adentro, buscas mi cuello como loba en celo, gira, deja caer la mano floja sobre el pubis y siente que mirando estoy entrando y saliendo y entrando y tú hundes las uñas en mi espalda, enredas tus piernas con mis piernas, lengua y oreja, lengua y lengua, lengua y cuello, diente y hombro, suspiro y bramido, te va subiendo la mezcla de la vida y de la muerte al corazón que te galopa y también yo siento que voy a estallar y caer al precipicio, viene el vértigo, estamos agarrados de los ojos hasta las uñas cuando sentimos abrirse la puerta, debe ser tu hijo, debe ser mi hijo, rápido salgo, de una mirada te coloco la tanga, te acomodo la blusa y el pelo, te bajo la falda, de una mirada me subes el cierre y me desalborotas los ojos, con puras miradas colocamos todo en su lugar y saco la voz y te pregunto cómo te ha ido en tu viaje.

-La plata no alcanza para nada-respondes.

Muevo la cabeza, triste.

-Así pasa. Los pobres siempre nos quedamos con las ganas.

# La casona herida

ALEJANDRO ISLA ARAYA

... quedé semidormido. Sentí una lentitud profunda como que mi espíritu se iba hacia un lugar nunca explorado y los colores que uno ha conocido se transformaban o se confundían en una danza ascendente. Nada entorpecía el sendero y esos movimientos me producían una tibieza indescriptible que resbalaba suavemente por mi cuerpo. Mis párpados quisieron caer y la posición que tenía, aflojó con disimulo sometido a un adormecimiento que no venía de mi voluntad. Algo me pasaba y no sabía qué, quizás como un desprendimiento o el nacimiento de la soledad. Me sorprendí de esa lentitud que nacía en mi conciencia tan provista de energía, tan expuesta a enfrentar la violencia, esa dura manera de vivir que no me dejaba un instante y que nunca he comprendido como mi engegucimiento agresivo o el hecho de parapetarme para defenderme. Viví observando a quien me daba cuenta de comentarios o planes del mundillo en que nos movíamos y del servilismo de hombres y mujeres que se notaba recargado de esa actitud hipócrita nacida de la profundidad del ser humano y que llegaba a parecer natural. Eso de tratar de aparecer con una cara benevolente, alisando los rasgos del rostro, inclinando el tronco levemente como

señalando una aprobación que nadie pedía. Mostrando una mueca alegre casi a flor de labios, miradas cómplices tratando de encerrar algún secreto que no existía. Artificios que buscaban convencer una ganancia a futuro y con ello obtener una blandura de mi manera de ser, una granjería, un favoritismo quebradizo, un grito futuro con menos violencia o escapar, de algún modo, a mis enojos, de un empujón mal ubicado a la presión oculta de mis deseos que laceraban con la mirada a algunas mujeres y, por último, esos gritos que representaban el poder, esa fuerza que nace del demonio para organizar la vida. Todos eran iguales. Nadie reclamaba. Unos agachaban la cabeza y resistían el vendaval, las mujeres lloraban, otros quedaban inmovilizados arrugando la frente, abriendo los ojos considerando que era una situación normal que se les tratara como bestias, sin compasión, sin respeto y como era costumbre nadie se daba cuenta del abuso. Esa diferencia que había entre ellos y yo es la diferencia del poder, ya que quien lo tiene piensa como decía mi padre: "todo lo tuyo es mío y lo mío es mío", pobre mi padre, nunca más lo vi. Debe haber muerto en la miseria y en la vergüenza igual que mi madre. Yo arranque de esa fuerza demoníaca que comenzó a empobrecer mi corazón, que nos apabullaba sin misericordia, invisible, hecha costumbre, pero que marcaba los días con un peso que no toleré. Gané un viaje sin vuelta, sin saber cómo se va y si uno es uno, olvidándome de mi nombre, de mis recuerdos, de mis arrebatos. Algo sentía... (reí de buena gana del recuerdo que hizo Domingo y le contesté que sí, que iba a ir a la fiesta, mirando que sus ojillos achinados reían con malicia como que quería mostrarme algo que yo no había visto nunca. Quedé sorprendido y entusiasmado. Era mi ayudante favorito en las labores diarias. Todo lo que no sabía resolver, él lo sacaba adelante. Adivinaba mis deseos y recordaba mis costumbres. Su compañía arriando los animales era cordial y mansa y dominaba el caballo como ningún otro jinete. Nada lo hundía y sus días eran una aventura risueña. Aprendí con él que la vida es un juego y el trabajo un pasatiempo que recrea el espíritu y que el poder lo pervierte al exigir demasiadas ganancias y allí el pasatiempo se transforma en un monstruo maligno que destruye el espíritu. Aprendí que el poder abusa del hombre y éste nunca crecerá como los intereses que él ayuda a que crezcan. Aprendí que el amor es manso y que no tiene envidia y por eso me quedé con Elvira Rosa y nuestro hijo, aunque el mundo se viniera abajo, sin pensar más en el éxito del dinero, bastándome sólo vivir de mi trabajo más la mansedumbre y la dulzura de las atenciones de mi india y de mi hijo Pedro Pablo, que trajo en su corazón el mensaje para un mundo nuevo, transformando el nuestro, duro e inhóspito que no quiere compren-

der que el respeto a la vida de un ser humano es una joya que hay que pulir a toda costa.)... Una transpiración helada repletaba mi cuerpo silenciosamente y un ronquido interrumpió los recuerdos como queriendo hilvanar mi existencia hacia un resumen de lo que he sido, de saber si he querido, o alguien me ha amado o apretarme en una soledad por no haber comprendido como se puede amar. Algo empujaba a hilvanar mi existencia, a entender que soy yo y ese algo es una fuerza de la vida que desea ingresarme a un lugar que me abrumba por lo desconocido y es como una sensación de querer olvidarme, de no sentirme y en un esfuerzo que no entiendo, en una somnolencia intento escuchar una conversación que más bien es un murmullo. Callé dentro de mí y con el silencio encima intento acercarme hacia donde vienen esas palabras tremolantes. Algo me lo impide. Algo más fuerte que todo mi ánimo, que toda esa furia que me identificaba y sentí que se iban y venían como una letanía. Una angustia me creció segundo a segundo por no saber quienes podrían ser los que se apretujaban en sus voces, en sus alientos y en ese miedo que comenzaba a cubrir mi mente y mi cuerpo, casi invadiéndome, invisible, como debía ser manejada una clandestinidad, esa clandestinidad de corazones que no se soborna por nada y donde se aprende a identificar la mirada, una mano a otra mano, una voz que no podrá ser reemplazada y en ese murmullo tremolante que se agitaba igual que un pajarillo que espera ir a comer, ya que ha divisado su mendrugo los músculos de sus alas y el agitar de su garganta son el mismo olvido que empieza a nacer. Empecé como a ahogarme... (.Desde que vi a Elvira Rosa, mi hermosa india, todo fue pasión, sus ojos, sus manos repletas de un calor que me ingresaba como un día de pleno sol y brisa refrescante. No hubo diferencias. Fueron dos corazones desnudos que querían brotar en la existencia. Su voz, sus miradas, sus manos, sus senos, su risa, sus abrazos, esa dulce melancolía repleta de lluvias que vivíamos en un tiempo eterno que nunca podré olvidar. Mi vida valdrá mientras ella viva. La hecatombe que se armó cuando se supo que la Elvira Rosa esperaba un hijo mío, fue terrible. Mi padre se volvió loco y no pude llegar por un tiempo a la casona. Hasta que se le pasó. Total él me necesitaba forzosamente. Me fui a vivir a la ruca de Domingo y ahí creció Pedro Pablo. De vez en cuando le llevaba al niño para la casona pero nunca más pudimos superar la distancia. Si antes del puñete que le di a su orgullo, al casarme con la india Elvira Rosa e irme a vivir con ella, era un viejo cascarrabias, insolente y castigador, después de mi decisión de no volver a la casona, mi padre se transformó en un ser más intratable de lo que fue. Se encerró por un largo tiempo y se puso bebedor, despiado con los inquilinos que no eran indios, y no habló más a los indígenas. Después de pasar unos cinco o seis años mi hijo se lo ganó



de a poco porque tenía el pelo rubio y los ojos azules igual a él. Los rasgos de Elvira Rosa se notaban en los pómulos salientes, en los ojos levemente achinados y su risa siempre abierta a los demás como un aporte natural de bienvenida. Su corazón mostraba la insolencia de su abuelo y a ratos la mansedumbre de su madre. Mi padre con su voz de trueno y sus manos castigadoras silenció mi voluntad y mis deseos y me puso manso a chicotazos. Me asustó y reprimió y mi conciencia se asiló en la ambigüedad. La timidez se trasladó al trabajo y mi identidad desapareció sin pena ni gloria. Por eso rompí con él y me casé con Elvirita Rosa. El poder produce temor y luego apabulla, llegando a asquear la voluntariosidad que se crea, que ordena, empuja y tortura y al fin va matando lentamente el espíritu de los que tienen que soportarlo y no sé por qué razón es necesario producir el sufrimiento hacia lo diabólico, engendrando lo pernicioso, la obediencia arrastrada y el alma se transforma en un parásito que ya no vuela. Por eso me quedé quieto y silencioso. Me di cuenta que el poder hunde y mata el amor, el hálito más natural del ser humano. Me fui a vivir a la clandestinidad para saborear la humanidad de mis compañeros de trabajo. A mi padre lo respeté porque le temí. No sabía cuando estaba de buenas o cuando estaba de malas, aunque siempre, creo yo, vivió con el diablo a cuestas, ese diablo que pareciera que no existiera, pero vive metido en cualquier momento de la vida y empuja el mal en la conciencia de los seres humanos.)... los latidos de mi corazón los comencé a sentir pero sin soberbia, más bien con extraño sonido que me hizo recordar las campanas de la iglesia del pueblo o yo me acordé de ellas. No había rabia ni prepotencia y quise pensar, costándome hacerlo o iniciar un recuerdo o una conversación. No entiendo por qué han estado en mi contra y por ellos no debiera existir. Si no empujo la vida, ¿quién lo haría?, ¿quién la defendería?. Han vivido echados o arrañados. Siempre descontentos. Les he dado lo mejor y nada los conforma. No saben lo mucho o lo poco que se les pueda dar. Podría sorprenderlos, aunque si lo hago podría producir algún ruido y lo echaría todo a perder. Un acezar profundo me fue naciendo. La respiración comenzó a entrecortarse. Sentí un miedo que no sé por qué me crecía minuto a minuto. Necesitaba saber, de algún modo, quienes se habían reunido sin que ellos se dieran cuenta que los escuchaba. Parecía una suerte tenerlos tan a mano y descubrirlos de una vez por todas. Me esforcé por tratar de oír lo que se hablaba en voz tan baja y no logré traducir la jerigonza estúpida que crecía. Y no sé si ese murmullo encarnaba a un monstruo, a una reunión de avispa, a una conversación de amor o a un plan de darme muerte, pero ¿quién osaría matarme?, ¿quién se atrevería a pensar en esa posibilidad?, ¿quién se atrevería a levantar una mano en contra de mi vida?. Este mundillo infeliz no tendría jamás agallas

para mandarse solo. Se comerían unos a otros tratando de mandarse entre ellos y no se les ocurriría nada positivo. Cómo podrían producir el progreso si no les nace la inquietud para crear su propio mundo... (lo que nunca he podido entender es que teniéndolo todo o casi todo se quiera tener más y ese más es lo que produce el sufrimiento, la desconfianza, es angustia que no se sabe cuando comienza ni cuando termina. Mi padre no aceptaba nada. Si la lluvia llegaba antes o después de lo esperado sus vísceras se transformaban en reptiles y desde ese momento nadie escapaba de sus gritos, las blasfemias, el disparate mal intencionado y esa mala voluntad diabólica que sobrellevaba toda la acidez de la frustración de un ser. Siempre me pregunte, ¿qué te pasa papá?, tienes tu mujer, tus hijos, tu tierra bendita, tus trabajadores obedientes y arrastrados, una salud prodigiosa, pero nada le bastaba; es feo pensarlo, mi padre fue un viejo de mierda. Su poder destruyó la conciencia y los corazones de todos los que estábamos a su alcance; lo mejor que nos podía pasar era desaparecer, no llegar más a la casona, y peor era lo que sufrían los inquilinos y sobre todo los indios que trabajaban para él; pobre mi padre, ¿qué lo transformó?, ¿nació así?, ¿la sociedad lo fue convirtiendo en un ser despreciable que lo hundió en la soledad?; parecía que nos odiaba a todos y lo increíble era que cuando el reía todos los que lo rodeábamos debíamos acompañarlo en sus risotadas; cuando se embriagaba teníamos que curarnos hasta no saber de nosotros mismos y allí, en ese momento, arriba de una mesa, gritaba a todo pulmón que él era un ángel que deseaba darle al mundo un nuevo camino con más orden y perfección. Luego nos ordenaba que nos hincáramos para solicitarle a Dios que nos perdonara nuestros pecados. Algunos borrachos se caían de bruces, otros comenzaban a reírse a carcajadas desinhibidos por el alcohol y gritaban remedando aleluyas desentonados y grotescos, allí mismo, mi padre caía en un éxtasis de algarabía que iba en ascenso y sus discursos repletos de hipos, gargajos intermedios que salían disparados por cualquier lugar, y alzando su copa brindaba por la felicidad de estar tan unidos con los trabajadores y en ese momento todos caíamos en un silencio abismal, daba la idea que su bondad era verdadera y en una locura, unos primeros y otros después gritaban, si patrón, nosotros también lo queremos y la voluntariosidad crecía momento a momento y Dios casi quedaba convertido en un borracho más, ya que no había cabida para quienes no creyeran como él creía y su voz caía diciendo que los amaba a todos. En el colmo del discurso, después de salvarlos, al oír el coro de aprobación, su voz se tornaba arengoza y en una mezcla de gritos deletreaba blasfemias y maldiciones para quienes no se prodigarán comprensión y no lucharan para unirse. La violencia final que algunas veces daba a sus palabras producía susto y los

rostros que habían caído en una relajación tenían a medias que ir sobreponiéndose para ingresar a otro momento de risillas empujadas por un poder que ordenaba que la alegría acudiera al espíritu nuevamente. De ahí para adelante, los rostros iban adquiriendo una seriedad asustadiza, ante tanta presión, y lo que se escuchaba se iba confirmando con movimientos de cabeza o con una abertura de ojos que escondían un terror oculto. Esa agonía tragada de quizás cuantas historias más, esas gargantas enmohecidas de fracasos, humillaciones, perversiones recaídas en ellas, angustias de no tener que comer al otro día y maldiciones diarias de vivir esa existencia, se transformaban en boquerones de desquite que despedían esos cuerpos tensados y sudorosos.)... con qué fuerza contarían para derribar el poder, mi poder, ese poder por el que he luchado toda mi vida para manejarlo y con él someter esta fuerza bruta del trabajo y con ella dominada, crear dinero y con ese dinero crear más poder. Este pensamiento me dio ánimo he hice un esfuerzo para sobreponerme...(el castigo verbal que recibíamos en nombre de poderes mayores al no amarnos los unos a los otros nos hacía malditos y bajábamos nuestras cabezas como aprobación de todo lo que nos decía una fuerza mayor, atosigante y nos retirábamos como si hubiéramos probado la miel de la felicidad.)...quise enderezarme de cualquier manera y una fuerza superior a la mía me desmadejó definitivamente. Ese mandato alado que llegué a tener y que logró llevarme a no sé dónde no me servía para nada en este momento. Estaba apabullado y toda esa gloria que manejé hacia quien se me puso por delante quedaba como una muestra insolente de vivir ante los demás y ante mi mismo...(con la lluvia enceguecida que nos caía como latigazos, debajo de un álamo o un toldillo de resguardo, nos juntábamos casi a la fuerza para recriminarnos por toda la farsa que aceptábamos, sabiendo todos ellos que yo estaba presente. Sin decir palabra ni despedirme me fui alejando. Los ánimos estaban caldeados. Al rato, me di media vuelta por si alguien me seguía para esperarlo. Solo me di cuenta que algunos retrocedieron. No hice caso y seguí mi camino como siempre, ocupando el último lugar que nadie me lo disputaba y la alegría me llegaba luminosa, sola, íntegra y repletaba mi corazón. Apuré mi paso para entregarle a Elvira Rosa y a mi Pedro Pablito esa libertad de sentirme solo y alegre de vivir.)...padre mío, me dije hacia muy adentro, quizás donde nadie pudiera oírme, muy solo, de qué me sirvió la furia para vivir. Sin un aliento y sin poder acordarme de nadie porque no sabía si era yo, miré, como pude, hacia arriba y vi muchos ojos que me observaban. No me quedó otra cosa que agachar mi voz hacia mi corazón...(el Morocho no tuvo contemplación. Todos retrocedieron espantados y murmurando con ese idioma que no tiene destino se alejaron sin pena ni gloria.).

# El Entierro de Don Leonidas o el Fantasma de Casa Grande

ALVARO CUADRA

Al retirar el cadáver los bomberos intentaron esconder ese clavo tieso que acusaba al difunto; fue inútil. Hubo que vestirlo lo más rápido posible con un terno azul a rayas, muy de buen tono, que trajeron desde su casa y dejar el marrueco abierto ante la imposibilidad de domeñar ese garrote púrpura yerto e insolente, acerado por el rigor mortis. Fue Marisol, la chiquilla de la tienda la que se opuso con un chillido de espanto a los proyectos de utilizar un hacha para salvar el obstáculo evidente que significaba meterlo en un cajón. Tampoco prosperó la idea de ponerlo boca abajo, posición indecorosa para un hombre de tan alto rango y posición social. Fue así que Marisol vistió por derecho propio, lo mejor que pudo, al muerto.

Era hombre de Estado eminente, lleno de tacto, un diplomático... Y de carácter suave. Vivía constantemente preocupado de sus deberes cívicos. Recuerdo que hallándose de jefe de Gabinete, me mandó llamar una vez, diciéndome: *-Mira, "cadete", parece que hay dificultades en la primera Compañía de Bomberos; busca manera de arreglarlas; recuérdales a los amigos que no es posible menoscabar su prestigio tan bien ganado.* Se acordaba del cuerpo en los momentos más difíciles para el Ministerio. El finado don Leonidas tenía sus cosas; según las malas lenguas, doña Benigna no tenía idea del maridito que la acompañaba. Mientras ella se encomendaba a todos los santos y guardaba los viernes de cuaresma, poseída de arranques de misticismo, él, bombero ejemplar, partía a la tienda de la Plaza a esperar, muy discretamente, a Marisol: veinteañera de piernas redondeadas, rostro soleado y ojos verdes. El asunto tenía ya un par de años, muchos lo sabían, pero a nadie se le hubiese ocurrido comentarlo en público.

Todo habría seguido así de no suceder lo que tenía que suceder. Parece que tanta agitación trajo el asuntito a la vida de don Leonidas que su ajetreado cuerpo se resintió; frizando los sesenta y tantos la chiquilla lo mandó a la tumba. Como de costumbre se habían encontrado en un rincón de la Plaza, luego fueron a tomar un par de tragos a un lugarcillo agradable y de allí, la parejita se instaló en un secreto nidito que él alquilaba justo frente a la Bomba. Cerca de la medianoche, Marisol salió semidesnuda pidiendo socorro a los bomberos; éstos, atónitos ante el espectáculo, corrieron como locos hacia el tercer piso pero, ya

era tarde. Don Leonidas había muerto abrazado, tal y como Dios lo echó al mundo, al cuerpo joven que lo despidió entre caricias al más allá. Una sonrisa extasiada y un mástil de barco pirata que se hunde, era su último testimonio en este mundo. Don Leonidas había muerto como había vivido, cautivo de sus placeres, veterano y vesánico bombero.

Al enterarse de la tragedia, doña Benigna ordenó traer el cuerpo a casa, mientras se preparaba el velatorio en la iglesia. Y todas las mujeres se precipitaron de golpe, atropellándose, a las habitaciones del difunto, abriendo la puerta de par en par. Entre gritos y cuchicheos, histerismos, violento abrir y cerrarse de puertas, carreras de sirvientes, llantos, toses y catarros, oíase monótona la voz del presbítero Correa, entonando en alta voz, brevario en mano, las preces de los muertos. Era explosión violenta, distensión general de nervios, amarga voluptuosidad de lágrimas y gritos en las mujeres; anhelo de concluir con una situación desesperante. En ese instante se oyó el repiqueteo de la campanilla del teléfono:

*-Aló...Aló..., ¿con quién hablo?.*

Era José, el sirviente de mesa, que comunicaba a los diarios de la mañana la muerte de don Leonidas. El comisario, que también había sido bombero antes de ser carabinero, conservaba esa lealtad hacia la cofradía; así fue que preparó acuciosamente el parte: el occiso había fallecido de un ataque cardíaco mientras jugaba una partida de póker con sus camaradas. Miró el papel y le puso su firma y un timbre; era escueto y digno. Todos los bomberos sintieron esa sensación de bienestar que sobreviene cuando se ha cumplido cabalmente con un deber. El cuerpo fue trasladado a la iglesia y por las influencias de doña Benigna, lo instalaron frente al altar mayor. Tal fue el sigilo que rodeó cada maniobra de la operación que Marisol se dio el lujo de asistir a la Misa de Difuntos y llevar un ramo de rosas rojas como muestras de su inconfesable pasión por el extinto. A nadie le pareció extraño que ella estuviese allí, acompañada de un noble bombero, y que compartiera desde el anonimato el dolor y la tristeza de la viuda que detrás de su velo negro ni supo quien le daba el pésame.

Jamás se había visto entierro más concurrente en Santiago. La iglesia de Santo Domingo estaba "de bote en bote", no había dónde meter un alfiler. La orquesta era magnífica; Paoli, el tenor de la ópera, había cantado el Miserere. Allí estaba todo Santiago. Enumeró, por una hora, las personas de ella conocida. Sus amigas agregaron, cada cual, un nombre, sin olvidarse de sus "pololos" y de sus amigas. Fulana de tal

no estaba en la iglesia; Mengana tampoco; las niñas tenían cuidado de subrayar ciertas ausencias. *¡Y qué de coches, hijita..., aquello no se acababa nunca!*. Eran cuadras de cuadras. Había más que en el entierro del presidente Errázuriz. Don Leonidas, en la soledad de obligado primer actor, tenía un último acto. Sabiendo quizá que sus dos mujeres estaban allí rezando por su alma, justo cuando el sacerdote hubo leído los salmos de rigor y se aprestaba a arrodillarse, abrió la tapa del cajón tirando violentamente las flores y coronas al suelo. Ante la estupefacción de la guardia de honor y la mirada pasmada de una de las beatas de la primera fila, don Leonidas echó afuera ese pedazo de sí que desafiaba la muerte. Los bomberos, al percatarse de lo que acontecía y ante la tenaz resistencia que se oponía a la tapa del cajón, optaron por camuflar ese tentáculo amoratado con las flores y las coronas. Mientras tanto, algunas señoras reanimaban a la que se había desmayado balbuceando algo de “la cosa”, que el finado había sacado la cosa. Felizmente nadie le dio mucha importancia al suceso ni a las alucinaciones de la beata. El cajón fue trasladado al camposanto al compás fúnebre de la desafinada banda del cuerpo de Bomberos y don Leonidas, mirando el cielo con una sonrisa angelical y el asta engalanada para tan solemne ocasión. Lo que a ella le había parecido imponente y grandioso, en la ceremonia, había sido el momento en que sacaron el ataúd del templo, rodeándolo con los estandartes del Cuerpo de Bomberos, del cual había sido superintendente. La conversación tomaba otro giro. Laura Oyanguren, con la autoridad de ser una de las jóvenes mejor vestidas en Santiago, se puso a disertar sobre el luto de moda y describió, muy por menudo, el traje recibido recientemente de París por una prima suya, sin perdonar el “velillo punteado de felpilla sobre tul” del sombrero, ni los “entredoses” de imitación malla del vestido. A las muchachas se les venía el agua a la boca con la descripciones de los trajes. La fosa había resultado demasiado pequeña para contener el cajón y su inusual periscopio, de tal manera que a las paladas previstas hubo de agregar diez más. Finalmente, se cubrió todo con flores y todos felices. Nadie se extrañó del montículo sobre la tumba, tampoco el señor cura terminó desparramando generosamente agua bendita por todos los rincones del lugar. *-Hijita..., no puedes figurarte cuán sinceramente los de la casa te han acompañado en tu pena. Mi madre me encarga te diga que te lleva en el corazón...debemos compadecernos de los que se quedan...no de los que se van.*

Nota: Esta narración ha sido escrita utilizando textos parciales de los capítulos I y II de la segunda parte de la novela *Casa Grande* de Luis Orrego Luco, cuya primera edición es de 1908.

# Al otro lado de la puerta

RAMON DIAZ ETEROVIC

La pesadilla, piensa y se toca el vientre con una mano, mientras con la otra sostiene firme el volante del automóvil. La luz roja lo detiene por unos segundos y siente que esa mano que lo acaricia alivia el deseo de vomitar. "¡Carajo de día!", exclama y temiendo ser escuchado mira hacia el auto que está detenido junto al suyo. Se encuentra con una



mirada de mujer que no le dice nada y vuelve a mirar el semáforo en el momento que la luz se hace verde y puede acelerar su vehículo que, rauda se adelanta a un bus y gana el espacio que necesita para llegar a la Plaza Italia, y de ahí, Providencia, Tobalaba y su casa. La casa donde lo esperaba su esposa que, más por rutina que interés, le preguntará por su trabajo, y él deberá mentir como siempre, diciéndole que todo está bien, sin nada que valga la pena contar. Y aunque sabe que se engaña, piensa en hacer el amor con ella, reconociendo que el deseo existe, pero que también está presente lo otro, eso extraño que se resiste a definir y que le impide tocarla. Algo que en un comienzo relacionó con las mujeres que frecuentaba con sus hombres, para crear espíritu de equipo como le habían enseñado los instructores panameños, pero que después se dio cuenta era por otra cosa. Sentía las manos sucias, y solo pensarlo lo alejaba de ella por las noches y en ese momento, lo devolvía bruscamente a ese día en que todo resultará tan mal. Y a pesar que el jefe le dijera que no se preocupara, que fracasar con la información no era la primera vez que pasaba, sabía que estaba fallando, y eso le molestaba tanto o más que la pesadilla. Por lo demás, se dijo a modo de disculpa, nunca me ha gustado trabajar con esos tipos de los sindicatos. Lo complican todo, se resisten, cuesta convencerlos, y uno se da cuenta que para ellos perder un poco más no tiene importancia. En cambio Benavides, su ayudante, se entendía bien con esa gente. Incluso apeataba igual, y por eso mismo sabía como tratarlos, y cada vez que se presentaban era el primero en recibirlos, sabiendo que desde ese instante superaba a todos los del grupo ya que nadie lo haría mejor que él. Sí, le molestaban los tipos de los sindicatos, y más aún Benavides que le quitaba limpieza al trabajo, porque no era de su clase ni un profesional como él y sus otros compañeros. Benavides venía de abajo, de ninguna parte, un don nadie capaz de lamer cualquier culo con tal de trepar. Y sin embargo, lo necesitaba para ese trabajo que había aceptado como uno más de los tantos que se le encomendaban. Un simple cambio de labores que con el paso del tiempo hizo aparecer en sus manos eso pegajoso que no se borraba, y lo peor de todo, esas pesadillas que no lo dejaban dormir, obligándolo a levantarse cada mañana con la cabeza apesadumbrada, llena de sopor y de imágenes que sólo se borraban con el transcurso de las horas. El tránsito se hizo fluido y pudo manejar con comodidad, mirando a ratos por las ventanillas del auto las luces de los negocios. Deseó tomar un trago, pero desechó la idea. El trago significaba la continuación de la pesadilla, y él precisaba cerrar la puerta que lo comunicaba con su trabajo, y para eso lo mejor era llegar pronto a la casa, conversar con el invitado que le



anunciara su hija la noche anterior, comer algo liviano y tratar de dormir. Pero el fracaso desdibujaba sus planes, y a pesar de que el jefe no usara un tono de reproche, el que lo asignaran a un problema de estudiantes universitarios le parecía un castigo por su debilidad. "Mañana hablamos de los detalles", le había dicho, y él a su vez le repitió a Benavides y a sus demás hombres. Nadie preguntó nada. Ni tenían por qué hacerlo, se respondió. Cumplían órdenes, convencidos de ser parte de un gran trabajo. Recibían un caso, lo estudiaban y luego se distribuían las tareas. El resto era esperar el instante preciso, y mientras éste llegaba, conversar de fútbol y de mujeres. Eso era lo que hacían. Hablar de cualquier cosa que no fuera el trabajo. Este se realizaba oportunamente y después se trataba de olvidarlo. Sin embargo, él no olvidaba, y Benavides tampoco, pero no por sus razones, si no que por lo contrario. Mientras él sentía que le sudaban más y más las manos, Benavides se refocilaba recordando uno y otro caso. Retenía detalles, descripciones, fechas, cada palabra que decían los entrevistados. Repetía todo con enfermiza precisión, y cuando él, asqueado de escucharlo, le ordenaba callar, Benavides lo hacía dejando en el aire su sonrisa sarcástica que, sin palabras, le decía que estaba al tanto de todo, y en ese todo incluía sus pesadillas. Las pesadillas pensó, y se dijo que desde esa mañana ya no eran muchas, sino una sola, concreta y precisa. Empezaba con una imagen. Un rostro de muchacho que le hablaba amigablemente. Que parecía reconocerlo, mientras Benavides o su sombra se preparaba en un rincón de la sala. Todo se iniciaba ese día a media mañana, cuando después de reportarse con su jefe, salió a beber con sus hombres. Luego, había vuelto al despacho para dormir una siesta. Ahí la imagen se hacía nítida. Alguien dentro de la pesadilla despojaba al muchacho de la venda que le cubría el rostro, y en ese mismo momento se encendía una luz que lo cegaba y hacía parpadear, luego de lo cual, el muchacho lograba mirar, y al verlo a él, le sonreía. Le sonreía como quien reconoce a alguien muy querido, y además lo llamaba por su nombre sin que él supiera qué hacer. También estaba dentro del foco y Benavides observaba, señalándole que por primera vez lograba quedar a cargo del trabajo, y él no tenía otra alternativa que alejarse de la luz y permitir que la pesadilla dejara de ser una imagen clara y se convirtiera en figuras que giraban sin sentido. En gritos que rebotaban en su cabeza y en medio de ellos, una voz débil diciendo: "no me conoce, soy Andrés". Sintió que lo remecían de los hombros. Abrió los ojos y reconoció a Peña, su secretario. Le dijo que lo disculpara por despertarlo, pero había oído sus gritos, y pensando que se encontraba mal, concurría a auxiliarle. "Sólo un poco", le respondió, y enseguida le encargo una taza de café. Al rato volvió Peña con la bebida y con los documentos para que él los firmara. El informe

sobre las actividades del mes, le dijo, tendiéndole la carpeta que abrió buscando las hojas en que aparecía su nombre. Firmó con desgano y devolvió la carpeta a su subalterno. Este quedó mirándolo y comprendió que en su rostro se notaba la ebriedad. "No pasa nada, se nos pasó la mano con los tragos", le comentó. Peña rió comprensivo e hizo amago de retirarse, pero él lo contuvo preguntándole algo sin importancia. Deseaba retenerlo unos minutos más. Escuchar que le hablaban, mientras las imágenes se diluían, y sobre todo, impedir quedarse a solas. Luego de doblar en una esquina consultó su reloj. Estaba bien con la hora, pensó, recordando que había prometido a su hija estar en casa para la cena, donde ella le presentaría a su nuevo pololo. El tercero que traía a la casa desde que ingresara a la universidad, y que esperaba no fuera tan extraño como los anteriores. Uno que no hablaba nada, y otro que sólo lo hacía de fútbol. Se rió. Pensar en su hija lo alejaba de la oficina y de esa pesadilla que recomenzara apenas Peña lo dejó solo con ese sueño que lo fue venciendo hasta que reconoció las figuras de la primera vez, y la voz de Benavides diciendo que seguían con la mala suerte. Que el muchacho daba más problemas que los previstos, y era necesario insistir, y tal vez llegar a otras cosas, porque inexplicablemente lo había reconocido y repetía insistentemente su nombre. Mi nombre, le preguntaba a alguien que ya no era Benavides, sino una sombra que le respondía a gritos. Gritos que antes escuchaba sin prestar atención, pero que esta vez lo obligaban a atravesar una puerta e impartir órdenes que no deseaba dar. Todo era demasiado claro, pensó mientras estacionaba el auto y bajaba a abrir el portón del garage. Estaba en su casa y eso lo reconfortaba. La pesadilla no atravesaría el portón. Las imágenes, el rostro del muchacho desconocido no lograrían seguirlo, porque ahí empezaba su otra vida, donde podía reír despreocupadamente sin tener que impartir instrucciones, sin escuchar gritos ni sentirse vigilado por las miradas de Benavides. La pesadilla se irá, se dijo mientras cruzaba la puerta y le llegaba el calor de la casa. No tenía de qué preocuparse. Ya antes había sido igual y el rostro del joven se cambiaría por otro, y ese otro a su vez también se iría borrando con cada nuevo trabajo. Cerró la puerta y escuchó a su hija que lo llamaba desde el living. Se veía feliz cuando llegó a su lado. Luego de saludarlo con un beso le dijo que lo aguardaba con su pololo. "Te encantará", agregó, y él contestó con una sonrisa que, pensó, era la primera del día. Caminaron hasta la sala, y al entrar en ella vio al joven nervioso que, poniéndose de pie, alargaba una de sus manos para saludarlo. "Este es Andrés", dijo su hija, y él quedó con su diestra a medio camino. Reconoció el rostro pálido y se sintió cansado. Deseó que alguien viniera a despertarlo, pero se dio cuenta que no dormía.

# Estas cayendo

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

Recuerdas aquellos caracoles tornasolados que disponías en filas geométricas que el sol iba desperezando, desordenando, esos obstinados seres encerrados en sus caparazones espirales, aguardando el momento preciso para emerger desde la obscuridad, desplegar sus filamentos sensibles, antenas, ojos que tactan la tierra-*caracol, caracol, saca tus cachitos al sol*-. Más arriba los geranios, los floripondios gigantes ante tus iris infantiles, tus pupilas inundadas de verdes, de rojos, de amarillos; las manos ordenando los bicharracos que se animan con el calorcito y van en busca de los tallos, de las hojas tiernas. Entonces tu mente salta a otros recuerdos, subes por entre cerros cubiertos de pinos y eucaliptus, los pies haciendo crugir las agujas del suelo y las hojas de lanceoladas y fragantes, las ramas en lo alto rozándose, frotándose, llevando a tu oído sonidos inquietantes por donde se deslizan las imágenes de los ogros, las hechiceras, los gnomos de los cuentos, vas de la mano de alguien que puede ser tu hermana, pero el rostro de ella está cubierto por una especie de neblina que te impide reconocerla; de pronto el bosque se rompe y aparece una duna interminable, atrás el mar se materializa, llenando tus ojos hasta la saciedad con su extensión inmensa. Muy arriba un alcatraz flota estático en el viento con las alas desplegadas. Un lobo marino retoza cerca de las

toninas que observas fascinado. Todo se esfuma y estás en la básica con tu overall beige inclinado en el escritorio de este donde te vigila el orificio destinado a un tintero extinguido por donde arrojas la goma que recuperas por abajo, entre los cuadernos se deslizan tus dedos, una y otra vez repites la misma operación mientras la maestra habla de esto y lo otro. Estás cayendo, estás cayendo. Sujetas torpemente, con unos chinchos opacos, el editorial del Diario Mural sobre la superficie de corcho mil veces pinchada por tus manos; tu caligrafía se deja a duras penas entender, hablas ahí de las pruebas nucleares de los franceses en el atolón de Mururoa, la nube radiactiva cerniéndose sobre el continente con su carga de peligros genéticos; más allá unos recortes de diario sobre lo mismo, una composición también tuya sobre el día de los trabajadores "la matanza de obreros en Chicago fue un crimen puesto que ellos solamente buscaban un poco de justicia elemental, un poco de pan para sus hijos", esa frase que te salió de no sé dónde junto a más de una lágrima, ese nudo en la garganta que te ha perseguido siempre que algo no te gusta y hiere tu alma allá por el fondo ese que nunca alcanza a verse. El mismo nudo que se te hizo cuando dramatizabas ante el curso el final del cuento "Lucero" de Oscar Castro, ese instante en que el arriero - empujado por las circunstancias - debe lanzar su caballo, que es su amigo, su compañero; Rubén Olmos envía a la bestia de un solo empujón inmenso al abismo y se te quiebra la voz y los ojos se te nublan en tanto la sala de clases se ha convertido en un bloque de silencio donde casi nadie respira siquiera, mientras tú vuelves a tu puesto con los ojos medio cerrados para contener esa agua en el límite de los párpados, no ves los ojos enrojecidos de tus compañeros que te palmotean la espalda a la salida. Estas cayendo y oyes el burlitzer de la fuente de soda a la entrada del Liceo: Santana, Favio, Piero, The Beatles; estás tan apegado al cuerpo de una adolescente demasiado pintada, con un perfume que puedes sentir mejor si inclinas tu rostro sobre el hombro de ella, la aprietas con suavidad, ella te mira tierna a los ojos sonriendo, la invitas al patio, algún compañero te hace una señal con la mano empuñada y el pulgar hacia arriba, sientes que te sonrojas, por suerte la penumbra te salva, pero el corazón salta enloquecido ante la inminencia del beso que viene, los labios que se desatan en mensajes húmedos, en mordeduras sutiles que ella - sin duda más experta - va enseñándote a tí que nunca antes has besado a nadie y ya ni puedes escuchar los acordes de "Let It Be" porque la tibieza de una lengua te recorre labios, paladar, dientes, porque ella te abraza fuerte, fuerte y ya nada, nada importa lo que ocurre fuera de los dos. Caes y llevas puesto un pañuelo que cubre la mitad de tu rostro, sal bajo los ojos y alrededor de la boca, succionas un limón para amortiguar el efecto de los gases

lacrimógenos; las bombas caen por todas partes del liceo tomado, arrojas piedras casi a ciegas desde el techo del tercer piso, al lado de tus compañeros estas combatiendo, con rabia tremenda, la rabia que te hace arder cuando recuerdas el callejón oscuro que te obligaron a cruzar en la micro de los carabineros, aún sientes los puñetazos y las patadas bestiales del Grupo Móvil sobre tus pocos años; entonces ya no sientes el ardor en los ojos ni el gas que te ahoga y arrojas con furia las piedras que vuelan hacia el blanco. - ¡Ganaste, ganaste, compañero! - gritas solo en tu pieza al escuchar los escrutinios finales, solo, porque estás agripado en cama y tus padres y hermanos estarán celebrando en otra parte sin ver las lágrimas que salen ahora de tus ojos sin vergüenza, ríes y lloras enloquecido de alegría. Caes, vas cayendo. Los tanques se desplazan por la ciudad con su lenguaje de fuego y muerte. Los aviones de guerra bombardean el palacio presidencial. Tú, junto a los demás, esperando en un sótano las armas y los soldados patriotas que nunca llegaron; tuviste que irte finalmente, comenzar el peregrinaje por cien calles, esos días llenos de pólvora en que no podías regresar a tu casa, en que no supiste nada de tu familia, esos días que se llevaron tantos amigos, ese amigohermanocompañero que se fue entre tus brazos, ese poema que empezarías a escribir desde ese mismo momento, esos versos por los cuales más de alguien te dijo "deberías dedicar más tiempo a escribir", pero tú no, dale con que es más importante la libertad que un millón de poemas, por hermosos que estos fuesen. Vas cayendo y está Cristina frente a ti, Cristina con su mirada llena de dulzura, Cristina acurrucándote como a un niño cuando te viene la pena y te besa los ojos cerrados y te hace cariño en el cabello. Cristina que te muerde los labios, que te deja marcas en el cuello, en los hombros después de hacer el amor, que se desnuda con esa ternura enorme que se trasluce en todos sus movimientos tan únicos, tan suyos. Cristina y ese salvajismo de ambos que va creciendo hasta quedarse quietitos, extenuados, aún besándose, queriéndose más que antes. Caes, hermano, y puedes ver las copias a mimeógrafo que van saltando en cada vuelta del rodillo, tus manos escribiendo las paredes de la ciudad, tu voz (que no parece la tuya) en el centro de un mitín callejero. Caes, hermano, y aún no hace un minuto que alguien gritaba: "Cuidado, cuidado, que andan agentes de civil!". No hace un minuto que estabas en la barricada junto a otros cantando, con el rostro iluminado por las llamas ondulantes, feliz de estar ahí, peleando con tu gente. No hace nada casi que se sintieron los estampidos y comenzaste esta caída lenta lenta lenta lenta donde recuerdas tantas cosas y no sabes por qué, sólo sabes que estás cayendo, no tienes por qué saber la razón de estos recuerdos, compañero, estas cayendo, compañero, sólo eso, cayendo.

# Jaime Sabines

Más o menos reciente la desaparición de Jaime Sabines (Chiapas, México, 1926). Sus libros publicados sobrepasan la docena. Su labor poética la desarrolló desvinculado de los círculos literarios, sin embargo, por razones inexplicables formó parte del parlamento mexicano como miembro de la Cámara de Diputados. Dos son las características principales de su poesía que son preocupación permanente de todos los poetas, pero que en él se destacan con profunda nitidez: el amor y la muerte. En esta breve selección presentamos estas preferencias.

Bibliografía: *Horas* / *La señal* / *Adán y Eva* / *Tarumba* / *Diario semanal y poemas en prosa* / *Poemas sueltos* / *Yuria* / *Maltiempos* / *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* / *Nuevo recuento de poemas* / *Poemas sueltos*.

## EL MEDIODIA EN LA CALLE . . .

El mediodía en la calle, atropellando ángeles,  
violento, desgarrado;  
gentes envenenadas lentamente  
por el trabajo, el aire, los motores;  
árboles empeñados en recoger su sombra,  
ríos domesticados, panteones y jardines  
transmitiendo programas musicales.  
¿Cuál hormiga soy yo de estas que piso?  
¿qué palabras en vuelo me levantan?  
“Lo mejor de la escuela es el recreo”  
dice Judit, y pienso:  
¿cuándo la vida me dará un recreo?  
¡Carajo! Estoy cansado. Necesito  
morirme siquiera una semana.

## YO NO LO SÉ DE CIERTO . . .

Yo no lo sé de cierto, pero supongo  
que una mujer y un hombre  
algún día se quieren,  
se van quedando solos poco a poco,  
algo en su corazón les dice que están solos,  
solos sobre la tierra se penetran,  
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como  
se hace la luz dentro del ojo.

El amor une cuerpos.

En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;  
piensan entonces que lo saben todo.

Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo.)

## LOS AMOROSOS

Los amorosos callan.

El amor es el silencio más fino,  
el más tembloroso, el más insoportable.

Los amorosos buscan,

los amorosos son los que abandonan,

son los que cambian, los que olvidan.

Su corazón les dice que nunca han de encontrar,  
no encuentran, buscan.

Los amorosos andan como locos

porque están solos, solos, solos,

entregándose, dándose a cada rato,

llorando porque no salvan al amor.

Les preocupa el amor. Los amorosos

viven al día, no pueden hacer más, no saben.

Siempre se están yendo,

siempre, hacia alguna parte.

Esperan,

no esperan nada, pero esperan.

Saben que nunca han de encontrar.

El amor es la prórroga perpetua,

siempre el paso siguiente, el otro, el otro.

Los amorosos son los insaciables,

los que siempre — ¡qué bueno! — han de estar solos.

Los amorosos son la hidra del cuento.

Tienen serpientes en lugar de brazos.

Las venas del cuello se les hinchan

también como serpientes para asfixiarlos.

Los amorosos no pueden dormir

porque si se duermen se los comen los gusanos.

En la obscuridad abren los ojos

y les cae en ellos el espanto.

Encuentran alacranes bajo la sábana

y su cama flota como sobre un lago.



Los amorosos son locos, sólo locos,  
sin Dios y sin diablo.

Los amorosos salen de sus cuevas  
temblorosos, hambrientos,  
a cazar fantasmas.

Se ríen de las gentes que lo saben todo,  
de las que aman a perpetuidad, verídicamente,  
de las que creen en el amor como en una lámpara de  
inagotable aceite.

Los amorosos juegan a coger el agua,  
a tatuar el humo, a no irse.

Juegan el largo, el triste juego del amor.

Nadie ha de resignarse.

Dicen que nadie ha de resignarse.

Los amorosos se avergüenzan de toda conformación.

Vacíos, pero vacíos de una a otra costilla,  
la muerte les fermenta detrás de los ojos,  
y ellos caminan, lloran hasta la madrugada  
en que trenes y gallos se despiden dolorosamente.

Les llega a veces un olor a tierra recién nacida,  
a mujeres que duermen con la mano en el sexo, complacidas,  
a arroyos de agua tierna y a cocinas.

Los amorosos se ponen a cantar entre labios  
una canción no aprendida.

Y se van llorando, llorando  
la hermosa vida.

## ALGO SOBRE LA MUERTE DEL MAYOR SABINES

### VII

Madre generosa  
de todos los muertos,  
madre tierra, madre,  
vagina del frío,  
brazos de intemperie,  
regazo del viento,  
nido de la noche,  
madre de la muerte,  
recógelo, abrígalo,  
desnúdalo, tómallo,  
guárdalo, acábalo.

### XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,  
ocultarse un momento, estarse quieto,  
pasar el aire de una orilla a nado  
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,  
refugiarse desnudo en el discreto  
calor de Dios, y en su cerrado  
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo  
hacia el humo y el hueso y la caliza  
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,  
tomar la eternidad como a destajo  
y repartir el alma en la ceniza.

## SIGUE LA MUERTE

No digamos la palabra del canto,  
cantemos. Alrededor de los huesos,  
en los panteones, cantemos.

Al lado de los agonizantes,  
de las parturientas, de los quebrados, de los presos,  
de los trabajadores, cantemos.

Bailemos, bebamos, violemos.

Ronda de fuego, círculo de sombras,  
con los brazos en alto, que la muerte llega.

Encerrados ahora en el ataúd del aire,  
hijos de la locura, caminemos  
en torno de los esqueletos.

Es blanda y dulce como una cama con mujer.

Lloremos.

Cantemos: la muerte, la muerte, la muerte,  
hija de puta, viene.

La tengo aquí, me sube, me agarra  
por dentro.

Como un esperma contenido,  
como un vino enfermo.

Por los ahorcados lloremos,  
por los curas, por los limpiabotas,  
por las ceras de los hospitales,  
por los sin oficio y los cantantes.

Lloremos por mí,  
el más feliz, ay, lloremos.

Lloremos un barril de lágrimas.

Con un montón de ojos lloremos.

Que el mundo sepa que lloramos aquí  
por el amor crucificado y las vírgenes,  
por nuestra hambre de Dios

( ¡pequeño Dios el hombre! )

y por los riñones del domingo.

Lloremos llanto clásico, bailando,  
riendo con la boca mojada de lágrimas.

Que el mundo sepa que sabemos ser trágicos.

Lloremos por el polvo

y por la muerte de la rosa en las manos de los mendigos.

Yo, el último, os invito  
a bailar sobre el cráneo del tiempo.  
¡De dos en dos los muertos!  
Al tambor, a la luna,  
al compás del viento.  
¡A cogerse de las manos, sepultureros!  
Gloria del hombre vivo:  
¡espacio para el miedo  
que va a bailar la danza que bailemos!  
Tranca la tranca  
con la musiquilla del concierto  
¡qué fácil es bailar remuerto!

### CUANDO TENGAS GANAS DE MORIRTE. . .

Cuando tengas ganas de morirte  
esconde la cabeza bajo la almohada  
y cuenta cuatro mil borregos.  
Quédate dos días sin comer  
y verás qué hermosa es la vida:  
carne, frijoles, pan.  
Quédate sin mujer: verás.  
Cuando tengas ganas de morirte  
no alborotes tanto: muérete  
y ya.

# Jesús Arellano

En esta recopilación por rara coincidencia los dos poetas mexicanos seleccionados nacieron en el Estado de Chiapas. (Arellano en 1924.) Su poesía formalmente se caracteriza por el manejo del idioma, podríamos decir maestra y por su perfecto dominio del soneto. Fue Jefe de la imprenta de la Universidad Nacional Autónoma de México. Aparte de su labor de creación propiamente tal, su nombre está vinculado al desarrollo de la cultura y sobre todo de la poesía mexicana en forma singular. Fundó y dirigió la revista "Metáfora" y la colección de poesía del mismo nombre, destacando en las primeras publicaciones, entre otros poetas jóvenes en esos tiempos, a Jaime Sabines y Rosario Castellanos. Autor además de una de las más valiosas antologías de su país. También dirigió la revista "Letras de ayer y de hoy" Hace más de un par de décadas que desapareció cuando se esperaba de él mucho más. Para los que no lo conocieron indicamos que era un hombre delgado, bajo, moreno, de gruesos lentes. Al comienzo reservado; luego al saber con quien dialogaba, amplio, generoso, cabal.

Bibliografía: Nuevo día / Camino libre / Limpia la madrugada / Paso a la voz / Palabra de hombre

## UN MUNDO FELIZ

Pequeña y monolito, gota de agua,  
te me afino pincel para que a diario  
despunte de tu mira un campanario  
y des ojo al sombrero y a la enagua.  
¿Taller tu fantasía? Yo piragua  
seré a tu corazón y tú —lunario  
de un íntimo fragor de abecedario—,  
enseña cómo el símbolo se fragua.  
Por eso, porque exijas, yo te inundo  
con mi grito de pájaro indefenso  
que deslengua la vida si me hundo.  
Cúpula y menudita, frente al lienzo  
eche raíz tu brazo y haga el mundo,  
y al hombre liberal, civil, inmenso. . .

## LA PALABRA

Enmadroña el ocaso en los aleros  
y el nervio de la tórtola acaricia  
la desnudez del habla cuando inicia  
la cerviz que yugulan mis luceros.  
Furor y raciocinio en los primeros  
pitones de los pueblos con malicia,  
mas después de la lucha qué delicia,  
qué motín la palabra, qué jilgueros. . .  
Tambleque en la saliva, silenciosa,  
gema de férrea luz —casi respiro—  
la palabra se anima y se hace cosa.  
Y al cabo del rigor que tanto admiro  
se enjarcia de universos con la rosa  
y a la *atómica* inhuma en un suspiro.

(DE "PASO A LA VOZ", 1966)

## EL AFAN

Endúlzate la hiel. Mira, la luna  
resuena tu penumbra y a membrillo  
sabe tu corazón. Tuyo es ya el brillo  
del nervio que la vida te enlaguna.

Atornilla las cosas una a una  
en el pulpo solar, y con martillo  
sustánciate la voz hasta que el grillo  
deshoje al fin qué célula te acuna.

Tarde recién de lluvia: la tormenta  
prolifera con granos, y la arcilla  
con sorbos capilares te sustenta.

Sólo estéril afán de leve astilla  
impide que tu soplo se dé cuenta  
de que ilusa la sangre se apolilla.

## INDOMITO

El tórax se me envasa y la agonía  
lo apechuga del hígado al harapo  
mientras no me almacigo ni me atrapo  
con la mosca que zumba al mediodía.

Entrepliego emoción con rebeldía,  
erupciono la dicha con que tapo  
la desnudez del mundo y el guiñapo  
que del amor a puños se me enfría.

Hay cataclismo indómito y hay fuego  
hay lenguas en los arcos, hay un río  
que destronca los yugos ya sin ruego.

Mas el triunfo vital se lo confío  
al sanguíneo electrón en que me aniego  
o al corazón del hombre ya sin frío.

## EL SORBO

Bebo mi cal hervida por el sol  
azul de la mañana. Bebo este hueso vivo  
que humedece a mi raza tan antigua  
siempre riscalosa, muda, tragando el mismo soplo de sed.  
Muerta el alma con humo de otra raza  
revivirá si la abren en canal para que nutra,  
si el tiempo ya no mella la raíz del clamor,  
con dioses juveniles su apaciguada entraña.  
Huele a horno la fibra de la voz  
cuando se arriscan brazos con linaje de pueblo.  
Cuando ensancha su puño el corazón  
exigiendo ser libre para fincar su casa,  
se ascienden en el tronco cabecitas de lluvia.  
Se resina la lengua sin aceptar la jaula,  
se mete entre las uñas de los ojos  
la realidad urgente que piden las palabras  
y hará simiente el polen de mis antepasados  
teñido aún por la danza florida de las lunas,  
si impedimos que el oro calcine la esperanza.  
Se impedirá y en mí, de barro sin fronteras  
venido de más lejos que la espina del alma,  
abre de par en par la sangre hasta los astros  
y a contraluz de todo levanta su morada  
sin que nadie la auxilie.  
Y a quien cimienta vida con piedras arrojadas  
contra el ceño insalubre del que roba  
he de ayudar aunque descuajen  
los dientes de mi lengua,  
la cuenca de mis ojos, la planta de mis plantas.  
Al aroma silvestre nunca,  
jamás encarcelaron en agua almibarada.  
Mal haya quien mal huelle surco de otro sudor,  
maldito el que no trece sus nudos con la raza,  
ése no engendrará su greña en otra frente  
ni apagará la lumbre del hambre de los hombres.  
Y ay del que nunca abreve su sed en otra cal,  
su sorbo en otra boca, su semen en las hembras,  
ése no tuvo madre ni nunca tendrá nada  
para mirar que un día, con soles amarillos  
y cristalinas aguas, ha de brotar feliz,  
de la tierra y el hombre, fresca ramita verde.



## LA SEMILLA

Feliz con lo que hice miro,  
tras la montaña, mi tierra con sus astros.  
Uno entre otro guíñanse amorosos  
y fluye por mi nudo una llovizna  
porque es triste, muy triste,  
sacarse el corazón sin que lo pidan.  
Lo sabes tú, portal donde la sueño  
tibia, huevo recién puesto sobre el nido,  
cómo llegan las lluvias y el amor.  
Y ella se aferra en vana juventud  
mientras fugaz la olvido y rememoro  
el puño de algún muerto puesto en árbol.  
Se aferra mientras una desolada,  
con hambre y sed de amor, quizá me espere  
para saciar en mí la única vida.  
Porque llené la cáscara del verbo  
muestro mi corazón ante los hombres.  
Mujer, he aquí mi última palabra:  
pistilo de oro, dime tú que sí  
seré tu amado colibrí.

(DE "CAMINO LIBRE", 1962)

## DESEOS . . .

Hay que tirar al fuego los planetas,  
hay que reír de nuestras propias vidas,  
hay que romper autoras a mordidas  
para escupir palabra de profetas.

Hay que cavar el cielo con piquetas,  
hay que nacer de flores mal paridas,  
hay que parir especies extinguidas  
y cortarles la lengua a los poetas.

Luego batir los ojos en el viento,  
llorar, toser, vivir sin poesía  
deshechos corazón y pensamiento.

Luego esperar clavado en la porfía  
que renazcan la idea, el pensamiento  
después que dios se apague con el día.

## LA CICATRIZ

El hombre es un lucero  
sentimental después resucitado,  
y el alma un gran pretexto celestial  
así soñado.

(No llena de ternura la creación  
sin corazón el pájaro.)

¿El alma?

Sí, la cicatriz del hombre,  
la cicatriz del nardo,  
la cicatriz que todos los que viven  
llevamos.

(Cada vez lleno de flores nazca  
sobre la tierra un árbol.)

La cicatriz, la cicatriz del hombre,  
la eterna cicatriz del santo.

La cicatriz es mía,  
¡mía!

Mía la forma de mi mano.

(DE "NUEVO DIA", 1956)

# Reseñas de libros

LAS SEDUCTORAS DE ORANGE COUNTY, Juan Villegas Morales, Ediciones Libertarias, Madrid, 1989, 234 pp.

DAVID VALJALO

Esta es la segunda novela de Juan Villegas, quien por largo tiempo ejerce de profesor en la Universidad de California (sede Irvine), justamente ubicada en el Condado de Orange, en el sur del estado, lugar en que sitúa el desarrollo de ella. Con anterioridad Villegas ha publicado *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el Valle del Puelo* (México, 1983) volumen este que entrelazaba con suma habilidad episodios políticos (amoldados a su manera) en los cuales el lector pudo distinguir a personajes típicos criollos de la primera mitad del siglo, junto a los variados mitos chilotos. "Rabelesiana" fue la clasificación que obtuvo. Nos llama la atención que el novelista, completamente ajeno a la política activa, nuevamente mezcla (creo emplear el término apropiado) este acontecer en su narración como una parte, otra vez en el paralelo en el desarrollo de la novela misma. Los mitos chilotos en esta oportunidad son reemplazados por el fútbol practicado por un grupo de latinoamericanos ya maduros y los líderes cívicos de hace décadas, por el reciente acontecer dictatorial y su secuela en el exterior.

Indiscutiblemente una de las principales preocupaciones de los servicios de "inteligencia" de la dictadura fue, cómo actuaba el exilio, y sobre todo, qué grado de peligro representaba para su seguridad. He aquí el nudo que ata las diversas facetas en esta singular narración: residentes de varios países del sur del río Bravo, desenvolviéndose en California, señalando los contrastes tanto entre ellos mismos, como con el mundo sajón; un agente de la dictadura: (¿La antigua Dina, la posterior CNI, o un fanático voluntario que actúa por su cuenta?) cuya filiación el novelista con habilidad no especifica; de soslayo, como sin querer, surge parte del mundo universitario norteamericano y más de algún personaje en clave que para los que residimos algún tiempo por esos lados son fáciles de identificar; y, por último, un grupo de mujeres (he aquí las seductoras) quienes —lógicamente entre las sábanas— son las que, en momentos de intimidades y confidencias, averiguan lo que se les ha encomendado. Una de ellas, por lo menos la de mayor

importancia en la trama, es "voluntaria", esto es, no está en la lista de funcionarias, por lo menos así lo da a entender Villegas, ambigüedad que también ya señalamos en el agente principal que no es otro que el eficiente entrenador.

Villegas logra con este volumen confirmar sus valiosas condiciones de narrador de ambientes inusuales, retratista de variedad de personajes y lo principal, un hábil tejedor de la intriga novelística. Este es un acierto de la narrativa basada en política (así a secas) motivada en todas sus variantes en estos últimos años y sobresale de otras que han dado la impresión que han sido escritas (valga la redundancia) para impresionar a ingenuos, lograr dividendos partidistas y sobre todo impactar a jurados literarios, especialmente al del Premio Nacional, menos mal que sin éxito.

CRISTOBAL COLON. Yàkov Svet, Editorial Progreso, Moscú, 1987. 455 pp.

PEDRO BRAVO-ELIZONDO.

El redactor jefe de la revista *América Latina* de la Unión Soviética, doctor Sergo Mikoyán, advierte en su introducción *Quinto Centenario del encuentro de las culturas y los continentes: hombres y acontecimientos: la colección que ofrecemos está dedicada a personalidades que de uno u otro modo inscribieron brillantes y notables páginas en la historia de los cinco siglos transcurridos desde que la expedición colombina descubrió América. Naturalmente, inicia tal colección el volumen dedicado al propio Colón.* (p. 15).

La investigación realizada por Yàkov Svet es pormenorizada, minuciosa y profunda. La personalidad del Almirante surge de las circunstancias que rodean su nacimiento, vida y muerte.

Al cotejar documentos, como la curiosa acta llamada *Asserto*, descubierta por el historiador italiano Ugo Assereto en 1904 en los archivos de Génova, Svet concluye que el nacimiento de Colón ocurrió entre el 25 de agosto y el 31 de octubre de 1451. Sobrada razón, añade el investigador ruso, para que los genoveses celebraran en 1951, el quinto centenario del natalicio de su compatriota.

Svet divide su libro en siete capítulos: La Patria, Castilla, Viaje Primero, El Segundo Viaje, Tercer Viaje y Cadenas Reales, Cuarto Viaje y Los Años de Agonía. Las notas y bibliografías permiten disfrutar la lectura al interesado en el tema, y comparar las interpretaciones que de la vida del descubridor se han hecho a lo largo de la

historia. Sensible la omisión de *La invención de América* de Edmundo O'Gorman, (México, FCE. 1958) fundamental para entender el punto de vista latinoamericano en torno al descubrimiento, o *encontronazo* como lo definió un escritor peninsular.

Lo extraordinario en torno a 1492, señala Svet, es que *el proyecto de Colón era sencillo. Se basaba en dos premisas: una absolutamente cierta y otra absolutamente falsa. Primera premisa: la Tierra es esférica (esto lo sabían en el siglo XV, tanto los geógrafos como los grandes comerciantes navieros). Segunda premisa: la mayor parte de la superficie terrestre la ocupaba un macizo único de tres continentes, Asia, Europa y Africa, y la menor el mar, por lo que la distancia entre las costas occidentales de Europa y el extremo oriental de Asia no era grande y en poco tiempo se podía, siguiendo el camino de Occidente, llegar a la India, Cipango y Catay.* (p. 85).

El sueño de Colón se nutre de los libros. Lector infatigable, lee y relea *Imago Mundi* de Petrus de Aliaco. En él se inscribieron *las más importantes concepciones antiguas y medievales sobre la forma de la Tierra, sus dimensiones, sus zonas y la extensión de la tierra firme y del mar.* (p. 91). En tal libro se encuentran las acotaciones del Almirante: *La Tierra tiene forma esférica. La tierra se divide en cinco zonas. La tierra se divide en tres partes.* Las lecturas de *El Libro de Marco Polo* es otra de las motivaciones, sobre todo en lo que se refiere a la mención de especias como canela y ruibarbo y las piedras preciosas y oro de las que habla el compatriota.

Las peripecias de Colón en Portugal con Juan II, los siete años de peregrinación en Castilla hasta concluir con la firma del contrato con los Reyes Católicos, *la Capitulación de Santa Fe*, son páginas que describen los comportamientos reales y el del iluminado u obsesido por el ideal más grande que soñara la humanidad. El viernes 3 de agosto de 1492, tres naves y noventa personas, emprenden la aventura. *Eran las dos de la madrugada del 12 de octubre de 1492, las siete de la mañana en Sevilla, las nueve en Estambul y Moscú y las diez en Kazan y Astracán. La vieja Europa despertaba despacio, ignorando todavía la noticia de que había sido descubierta la primera tierra del Nuevo Mundo* (p. 259). Otro viernes, 15 de marzo de 1493, después de 225 días de navegación se produce el retorno. La invención de América ha comenzado en la recepción real efectuada en Barcelona. Seis indios adornados con plumas multicolores y muestras de flora y fauna, son los anticipos del Nuevo Mundo.

Quinientos años más tardes, según la agencia Reuter (Julio 22, 1990)

en reunión efectuada en Quito, Ecuador, unos 300 delegados de 120 pueblos indígenas de América, rechazan la celebración (...) del Quinto Centenario de la llegada de Colón al Continente.

En el segundo viaje se inicia la colonización y evangelización; seis frailes acompañan al Almirante de la Mar Océano. Intrigas, rencillas, motines, discordias, preanuncian el nacimiento de América Latina. Los nativos conocen el uso militar del hierro, y de bestias, caballos y perros. El 24 de marzo de 1495, Colón encabeza la expedición punitiva contra el cacique Caonabó. Lleva consigo 200 infantes y 20 jinetes, amén de 20 perros de presa traídos de las Canarias. Con razón escribía Las Casas que las masacres, el hambre, las enfermedades y la opresión fueron el destino de los pobladores de la isla llamada Española. Terminaba la era del buen salvaje; comenzaba la del conquistador.

Nuevos principios de gobierno proclaman los Reyes en 1495: privilegios a los colonos y permiso a *todos los que quisieran ir a descubrir tierras en Mar Océana, lo que contradecía flagrantemente las capitulaciones de 1492* (p. 346). Los privilegios medievales se ven amenazados por categorías modernas.

La estrella del Almirante empezará a apagarse lentamente, pese a los descubrimientos que logra en su tercer viaje en 1498, como que llega al continente sudamericano el miércoles 1 de agosto, al lugar donde se encuentra *el Paraíso Terrenal*, según lo asegura en carta enviada a los Reyes. El regreso no es tan celestial: el 25 de noviembre, dos años después llega a Cádiz, con sus hermanos Bartolomé y Diego, cargado de cadenas, gracias a las intrigas palaciegas. Las Altezas lamentan tal situación, y Colón recupera su libertad.

En septiembre de 1501 se prepara una expedición atlántica con treinta y dos naves y 2.500 hombres, al mando de Nicolás de Ovando, nuevo gobernador de las islas y tierra firme de las Indias. Colón planea un nuevo viaje, el cual contempla cuatro carabelas tan pequeñas como *La Niña*, y con un total de 150 hombres. De este viaje dejarán relación detallada su hijo Fernando y la carta que Colón envía a los Reyes, conocida como *Lettera rarissima*. La pequeña flota zarpa el 13 de abril del año siguiente. Descubre Honduras y Veragua (Panamá), Cariay o Costa Rica, recalando en lo que hoy es Puerto Limón. Vicisitudes de todo tipo persiguen la última aventura del navegante más glorioso de la historia. El 7 de noviembre de 1504, *los restos de la cuarta expedición regresaron a España. (...) Fue su última navegación, la cual duró dos años, cinco meses y veintiocho días* (p. 426).

En Valladolid, agravado de gota, fallece el descubridor, el 20 de mayo

de 1506. Agrega Yàkov Svet, *Si hubiera vivido ocho o diez años más, se habría convencido de que las tierras descubiertas no se hallaban en el extremo oriental de Asia*, pues en 1513 Vasco Núñez de Balboa cruzó Panamá y llegó a la Mar Meridional; en 1520 Magallanes encuentra el estrecho y en 1522 sus compañeros concluyen el primer viaje alrededor del mundo.

El libro de Svet nos permite entender desde otro ángulo al hombre del siglo XV, que transformó para bien o para mal, la Humanidad, e hizo posible que dos mundos se encontrasen, se conociesen.

DIARIO, Luis Oyarzún, Ediciones LAR, Concepción, 1990.

JUAN ANTONIO MASSONE

Desde su fallecimiento acaecido en 1972 se mantuvo la expectación por el *Diario* de quien fuera fino poeta, ecólogo y profesor de singular calidad entre nosotros, porque el autor de *Meditaciones estéticas*, *Defensa de la tierra* y *Mudanzas del tiempo* perteneció a esa minoría que es siempre un escritor con atenta y vasta interioridad, con gesto de abrazo solitario y experiencia desajustada con la faz exigente del deber ser. Este reciente libro nos lo confirma y expande.

Prologado por el profesor Leonidas Morales, *Diario* de Luis Oyarzún entrega muestras de plurales atenciones hacia lo vivo: Chile vegetal, cultural, urbano, artístico e histórico; las tierras de más allá: América y Europa; el quicio espiritual del hombre en nuestra época y, por si fuera poco, algo de intimidad familiar.

Como siempre, la actitud vertebral reside en el entusiasmo de ver, esa pasión dominante en la obra de nuestro poeta, como bien lo señalara Jorge Millas en un escrito fundamental sobre su amigo.

Oyarzún fue artista que unió mirada profunda con entusiasmo cotidiano de apunte. Todos sus libros publicados conocieron antes las páginas del cuaderno o de la libreta. ¿Cuántos y cuántas extravió? Lo cierto es que su trashumancia espiritual fue, sobre todo, apertura a lo vivo, a los peligros de lo más vivo, a lo abisal del alma. Menos riguroso —como diría Ortega— que lúcido, el diseño espontáneo que le ofrecía el día o la noche, consistió en aquella discontinuidad continua que es un *Diario*.

Escrito de pulsos rápidos y latencias emotivas, un *Diario* es la historia trascendental de encuentros y abandonos. Quien lo escribe sabe aceptar su condición de viajero. Conoce que la eternidad se inicia en la

pequeña orilla de un momento, en fugaz lucidez, cogida del brazo que viento o nostalgia, horizonte o memoria apresuran en tornasoles trazos libres de esquemas o acomodados. Bitácora emocional e ideativa de cuanto importa verdaderamente. La cronología se ve más en aludidas estaciones que en importancia causalística. Importa menos el calendario externo que el acicate de circunstancias cruciales. Un Diario es la otra faz del hombre: su estatura conmovida por andenes y pasarelas, muelles y caminos, adiós de amor y doloroso amanecer. No pocos sueños.

En el caso de Luis Oyarzún, su diario semeja el hallazgo de rincones. Sabidurías como semillas. Alas y colores de un viajero permanente. Nunca turista. Sabedor que la belleza habla y que el mundo está poblado de muchas cosas que esperan ser vistas a partir de ojos jamás conformes con meras exterioridades. Por eso, su pasión de ver fue la de un contemplativo, la de un ansioso de más allá, como de quien espera alcanzar bordes y núcleos menos cicateros. Y esta voluntad nos la explicita muchas veces como su verdadero e insobornable llamado.

*Aquí no se ha descubierto aún el mundo de los ojos. La gente ve con el estómago o con los órganos sexuales; en el mejor de los casos, con un corazón devorado. No se ve ni se oye el mundo. Se aman los ruidos más espantables. ¿Hay cosa más estúpida que nuestras navidades urbanas, llenas de denotaciones y desprovistas de música? Por si fuera útil, que a lo mejor no lo es y estos defectos son inmodificables, sería bueno que nuestras escuelas se preocuparan de civilizar, de abrir los ojos y oídos para ver y escuchar la realidad. (p. 113).*

De otro lado, el presente texto cumple con entregarnos una peculiar soledad en sus requiebros y agonías no menos que en sus admiraciones y entusiasmos. Su autor, deja así, de ser únicamente el nombre de obligadas referencias o laterales comentarios para acercarse en estatura de sensibilidad, inteligencia y ética respecto de lo creado. En tal dirección, Chile es cuerpo primero donde se es persona, sobre todo, a base de hermosuras y feísmos, de presencias y apariencias, de cielos y de barro en cuya discordia viene a fracturarse la necesaria unidad de hombre y entorno, de proyecto y necesidad, de actitud y declaración.

Valioso trabajo el de Leonidas Morales: recuperar para todos a este vigía de lo humano. Aun así, varias páginas de este volumen conocieron la publicación en artículos. Son pocos los ejemplos, pero son. La importancia de esta observación se refiere al carácter inédito de la obra puesto en entredicho en algunas de sus partes. En cambio, no es achacable al prologuista la ausencia de otros fragmentos que algunos



esperaban con más curiosidad que respeto. Si no contó con esos escritos se debió, seguramente, a ajenas voluntades; si los tuvo a mano y desestimó, confiamos en su criterio selectivo. La literatura es palabra intensa de lo más humano, no exhibicionismo indiscriminado.

En suma, un libro crecido al ritmo de los ojos que sabe dispensar en la pequeña nota como en la reflexión más alta, muchas oportunidades para ejercitar los nuestros.

VIOLA D'AMORE, Fernando González Urízar, Ediciones Mar del Plata, Santiago, 1990, 159 pp.

### CARLOS RENE CORREA

Con un curriculum pleno de galardones chilenos y extranjeros, Fernando González Urízar entrega su vigésimo segundo libro, *Viola D'Amore*, en cuyas páginas vive una notable validez creativa. Explica cual sea la fuente del nombre de su libro y, parcamente, dice:

*La voz, viola del alma,  
llave maestra que abre toda cerradura  
y nadie la resiste,  
quizá venga del cuerpo que la tienda.*

Armonías nacidas de ese instrumento, semejante al violín y que comenzara su vida a inicios del siglo XVI, han recreado espejos y estados anímicos del poeta, nunca vulgar, siempre sensitivo. Y por ello se reunen en estos versos armonías interiores diversas, de acento personal o intuitivas. No se rompe la mágica ruta del canto.

Fernando González Urízar, miembro de la Academia Chilena de la Lengua, distinguido con el Premio Internacional de Poesía *Leopoldo Panero*, poseedor de otros importantes galardones, Presidente Honorario del Ateneo de Santiago, no participa activamente en determinados movimientos literarios, concurre al Grupo Fuego de la Poesía y da un ejemplo de noble fraternidad y amplitud de criterio en la vida literaria del país.

Estudia y admira a los más valiosos poetas del Siglo de Oro español, sin olvidar las letras chilenas, sin abandonar su afecto por su tierra de origen, Bulnes, a la que canta con gran afecto.

González Urízar, en las raíces de su creación lírica, da un fiel testimonio de ser un romántico del tiempo que existe para vivir y para morir.

Recordamos una anécdota. En 1957, con prólogo de Juvencio Valle, se publica *La Eternidad Esquiva*, primer libro de González Urizar, incluido en la Colección del Grupo Fuego de la Poesía. Coke, con la maestría que lo caracterizara, dibujó el rostro del poeta, que mira sostenido por el aire.

Al agradecerle, Coke dijo: *Y cómo no iba a dibujarlo, cuando a González Urizar le nacen golondrinas hasta bajo del pelo...*

No hay dudas que el poeta vive estados de alma y por ello la luz y la sombra, con cierta sensualidad, iluminan *Viola D'Amore*, país imaginado que habita tan hondamente interpreta tanta melodía. Todo ello en el reino de la palabra.

TANGER, Jorge Etcheverry, Ediciones Documentas/Ediciones Cordillera, Santiago-Ottawa, 1990, 105 pp.

## NAIN NOMEZ

*Tanger* es un poemario que consta de los largos textos: *Tanger* y *La bruja*. Aquí nos ocuparemos sólo del primero por motivos de espacio. Ciertos caminos y obsesiones del autor aparecen reiterados, pero de manera mucho más fragmentada que en sus otros libros, *El evacionista* y *La calle*. Esto se debe a la funcionalidad movible y a la dispersión textual enfatizada por la falta de marcas separatorias entre un "poema" y otro (Título, número u otros límites).

¿Qué nos presenta *Tánger*?. Se nos muestra como el escenario de un abigarrado mundo por el cual pululan ciudades exóticas, puertos, pájaros y en cuyo desplazamiento interviene un narrador que de vez en cuando marca su presencia con disquisiciones y reflexiones, como un cronista sentencioso. Las apariciones plásticas y de un cierto tinte pictórico de los escenarios, son reconversiones de esta especie de viaje onírico que emprende el narrador (o los narradores), para situar una experiencia con el mundo, aparentemente exógena (Tánger, lo exótico, los puertos), pero que interpela directamente (con ironía) a un cierto vacío de ser y de estar en el mundo:

*"Seamos pues como esas gaviotas, rompamos el cristal del aire con nuestros gritos agudos.*

*Seamos pues como esas gaviotas, abarquemos todos esos espacios, al sobrevolar (que lo hacemos) los techos de las instalaciones y casas de los puertos."*

Este desplazamiento le sirve al narrador (individual o colectivo, hombre o mujer, joven o viejo), para movilizar su voz espacial y temporalmente, trabajando diferentes ejes lingüísticos: Interpelación, apelación, descripción, afección, profetización. Dos elementos le sirven a Etcheverry para recomponer estas piezas sueltas y crear un mundo movable que se diluye y reencuentra permanentemente: la enfatización y reiteración de ciertas imágenes que van fijando la dirección del mundo exterior y el doble carácter del hablante vuelto irónicamente hacia sí mismo o volcado sentenciosamente sobre la realidad del mundo externo. El primer elemento se asienta sobre un gozne abierto hacia lo otro, el plano puramente sensorial: aves, graznidos, puertos, aduanas, playas, montañas, rocas, mareas, etc. El segundo está hecho de disquisiciones y apuntaciones del narrador, tales como:

*A eso volveremos más adelante, / esto nos enfrenta a un serio problema humano. / Aquí también se trata de tocar lo que les importa a Uds. // Este es el sentido de este canto; / hablo de cosas lejanas.*

El hablante señala que *a pesar de no pertenecer a esta especie, el papel de cronista o fotógrafo me deparó un lugar en esta sociedad* y este papel es el que asume alejando los hechos que se recubren de una pátina onírica y distanciada. *Tanger se hace así, un rompecabezas cuyas piezas sólo encajan de una manera marginal, casi encubierta: Sólo podemos tocar el ángulo de las cosas con este rápido lenguaje.* Puro pretexto de una búsqueda que aleja lo próximo para mostrar la huella de su imperfección, de su contradictoria nemotecnia de montaje. Desdoblamiento, fragmentación, ilusión de avance y retroceso. Contradictoria afirmación y negación del yo, del otro y de la realidad que sostenemos:

*Hay ciertas cosas que no pueden hacerse sin decirse en el mundo de todos los días, sobre todo en un país como éste.*

*Me parece que me imagino a esa niña, sólida y muy alta, desnuda en las mañanas como una ballena varada en la arena de las sábanas, o de pie, la piel naranja y el pelo y vello rojizos, como otra (y definitiva) estatua de la libertad.*

*Es por eso que siempre trato de mantenerte alejado de mis mujeres.*

Obra interesante la de Etcheverry, tanto por sus búsquedas formales y temáticas, como por su buceo en las motivaciones primarias del inconsciente, desde donde afloran nuestros deseos y anhelos más auténticos y también más reprimidos.

## CARTA DEL EDITOR

Es privilegio del editor determinar el contenido de una publicación. Por esta razón el presente número, el primero que se publica en Chile - después de haberse editado en California y Madrid - tiene preferencia por la poesía. El fallecimiento de Nicolás Guillén justifica con creces el largo y valioso ensayo del poeta Antonio Campaña. Por otra parte Luis Merino Reyes evoca cariñosamente a Angel Cruchaga Santa María. Al radicarnos en el país después de 30 años de ausencia hemos querido señalar dos hitos que dicen referencia con los poetas definitivos, tanto por edad como por obra y que pertenecen a una generación clara. Una mujer, otro hombre. El uno cultiva el verso libre exclusivamente. La otra también el verso libre pero además el clásico, de preferencia el soneto. La maestría formal y la originalidad nos han inducido a esta selección. Los noventa años de Juvencio Valle los celebramos con una breve antología, lamentando que no pueda ser más amplia. Del exterior, por catalogar de alguna manera a los poetas que no son chilenos, incluimos a dos valores mexicanos que conocimos en nuestro andar eliminando fronteras. Los recordamos ya que su valiosa obra no ha sido debidamente avaluada por la maquinaria oficial. Si una revista es para difundir y destacar valores creemos que estamos cumpliendo con nuestros objetivos.

En prosa se han seleccionado una variedad de cuentos que esperamos reflejen lo que en la actualidad representa la narración breve en este 1990. Sus autores han sido elegidos dando preferencia a nuevos escritores generacionales. Por supuesto la crónica o reseña de libros indispensable en toda revista, complementa este volumen.

La revista circuló durante 13 años en el exterior con una distribución que puede catalogarse como buena. En Chile por razones obvias, este fenómeno no se produjo, entre otras, por algunos roedores aficionados, no a leer, sino a destrozar. Esperamos algo diferente hoy en este Chile de cambios.

El presente número sale algo tarde, pero dentro del año calendario correspondiente, como también circulará el complemento a 1990, esto es, los números 52, 53 y 54. Por el momento, no es todo.

*David Vazquez*

# I N D I C E

	2	Editorial
Antonio Campaña	3	El sentimiento colectivo en la poesía de Nicolás Guillén
Luis Merino Reyes	23	Angel Cruchaga Santa María
	29	Juvencio Valle cumple 90 años
Rosa Cruchaga de Walker	37	Breve Antología
Armando Uribe Arce	45	Breve Antología
Juana Gallardo	52	Jamás confundo lo real con lo imaginario
Guido Eytel	54	Tomados de los ojos
Alejandro Isla Araya	57	La casona herida
Alvaro Cuadra	63	El entierro de Don Leonidas o el fantasma de la Casa Grande
Ramón Díaz Eterovic	66	Al otro lado de la puerta
Diego Muñoz Valenzuela	70	Estás cayendo
Jaime Sabines	73	Selección de poemas
Jesús Arellano	80	Selección de poemas
David Valjalo	86	Las seductoras de Orange County de Juan Villegas
Pedro Bravo Elizondo	87	Cristobal Colón de Yakov Suet
Juan Antonio Massone	90	Diario de Luis Oyarzún
Carlos René Correa	92	Viola d' Amore de Fernando Gonzalez Urizar
Naín Nomez	93	Tanger de Jorge Etcheverry

# LITERATURA CHILENA

## creación y crítica

LITERATURA CHILENA, creación y crítica, desde el año 1977, se continúa publicando sin interrupciones. Se inició en Los Angeles, California, luego desde Madrid, España y ahora se lanza desde Santiago de Chile.

Su nombre no significa que el contenido de sus páginas se limite a la literatura chilena en forma exclusiva, sino que abarca todo el ámbito del idioma sin fronteras de ninguna especie.

El valioso ensayo sobre Guillén y las breves antologías de los poetas mexicanos Arellano y Sabines así lo demuestran.

A su vez no existen fronteras para limitar la participación de sus colaboradores, sean estas sectarias o políticas, o de cualquier otras naturaleza, como ser escuelas o tendencias literarias. También, aparte de la literatura, su preocupación es el arte en todas sus manifestaciones, llámese cine, música, plástica, etc.

VOLUMEN 14 / NUMERO 1 // AÑO 14 / No. 51

SANTIAGO DE CHILE, 1990